



Alonso Zamora Vicente

# Primeras hojas

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Alonso Zamora Vicente

## Primeras hojas

Para Alonso y Juan, devuelta

memoria y reestrenándose.

...como es el cielo por la noche,

todo verdad presente, sin historia

(JUAN RAMÓN JIMÉNEZ)

Viejos retratos

El manajo de recuerdos familiares, amontonado, se ordena en el álbum de fotografías. Se le cuida amorosamente, con un rito celoso. Se acoplan las fotografías en el libro de piel suave y olorosa, con el broche doradito. Como un devocionario. Otras veces es, tan sólo, el álbum sencillo, lazo en el lomo, papel transparente y crujidor entre las hojas. Allí están los abuelos, seriecitos, sombrero hongo y cuello alto él, la falda interminable ella, el abanico semiabierto, colgado al cuello con una delgada cadenita de oro, y la deslumbrante pulsera, regalo de pedida, se la trajeron de París. Los adornos del polisón apenas se adivinan bajo el amarillo terroso de la lámina. Las tías-abuelas, innumerables, los ojos crecidos, una mantilla sobre el peinado alto, flores en el busto, y una borrosa leyenda de fotógrafo al [12] pie. Algunas están dedicadas, con esa letra grande y picuda que revela una forma de educación: «Tu queridísima prima que no te olvida un instante, Silvería», y debajo, más pequeñita, una fecha que ya no alcanzamos a leer. Luego las tías y los tíos más jóvenes, los que se sabe bien quién son, aunque no nos acordemos de con quién se casaron, ni a dónde han ido a parar. La lección ante el álbum es siempre parecida, siempre hay una voz tibia,

cansada, que va haciendo la presentación: «Esperancita, qué bonita era, se casó con un bala rasa, no supimos más de ella, se la llevó a América. (Y se discuten las noticias, si tuvo o no tuvo niños, y si fue o no desgraciada, mientras Esperancita, impasible, sostiene, sonrisa anchísima, un espejo contra la pared con una mano, como temerosa del derrumbe, y con la otra levanta discretamente la falda para que se vea el zapato nuevo, afiladísimo). Y éste es Federico, se retrató en la calle del Príncipe, parece que le estoy viendo, con su pantalón color membrillo y su bastón de plata. Tan simpático, tan cortés. Sabía mucho, se murió de una pulmonía. Ya sabes, hijo, lo que son las cosas, la viuda, sí, ésa, se casó enseguida con el empleado que tenían, si el pobre levantara la cabeza. Ah, mira éstos son tus padres. Qué uniforme tan elegante. La foto es mala, aún eran novios, era una gloria verlos, tu tía Marina se consumía de envidia, y qué mantilla de Almagro; blanca, como no había dos, y el rosario que lleva es de Tierra Santa, menudo regalo, aquí ya están [13] [14] casados, cómo llovió aquel invierno. Esta niña muerta es Florentina, tenía siete años, mira qué caja tan bonita, ya era una mujer, la amortajaron con el vestido de primera comunión, parece dormidita. Ya tendría cuarenta años. Este es Luis, sirvió en ferrocarriles, ya ves qué máquina tiene ahí detrás, era un juerguista, ¿qué novia tendría entonces?, no me acuerdo bien. Ya salieron éstas, las amigas de tu tía Rosa, tan redichas, tan antipáticas, fíjate qué sombrero llevan, con ciruelas y todo, eran unas marisabidillas, su padre era notario, vivían en la calle Mayor, donde la Compañía Colonial. Justa, la pequeña, nunca supo rizarse las patillas, y de presumidas: un horror. (No pases tan deprisa, se arrugan las hojas). Aquí viene Lolita, la del capitán de carabineros, con su radio de galena, dónde vivirá, se casó con un maestro. Tu tío Pedro, que se mató en un accidente cuando llevaron la luz al pueblo, parece que lo tengo delante, alto, muy señor, ay Dios mío, qué tiempos, si parece que fue ayer y tú no habías nacido (enciende, no veo bien), y quién será ésta del abrigo de pieles, no caigo, será la de Serafín, el arquitecto. Aquí estamos todos cuando la boda del Rey, vinieron los tíos a ver las fiestas, qué susto, sabes, tiraron una bomba, nos libramos de milagro. Mira Pepe en París, con sus compañeros de promoción, todos abogados nuevecitos, dijo que había ido a Roma en viaje de fin de carrera, pero, quiá, se gastó los cuartos en París, lo sé yo muy bien, tan perdido como ahora, menos mal que le quedó para [15] volver. Sí, sí, a Roma ése. Esta es Lucía, la chica mayor de Paco, callada, sosita, se metió monja, no sé por dónde anda. Ay, mira, mira, el Carnaval aquél, en que nos vestimos, qué adefesios estamos, es el asalto del Casino, aquello eran bailes. Bueno, aquí está tu padre otra vez, en su huerto, le gustaba mucho cuidar las plantas, y tener frutos extraños, y regar, ya caía la tardecita, los cuadros de rosales, de lirios, de celindas, de tulipanes. Aquí está podando el granado aquél que dio su primer fruto el año que tú naciste. Ya estáis todos aquí, os retrató don Juan, el médico, éste del chaleco claro y barba (no te echés encima), y aquí ya vais con el luto por tu madre, qué medias te pusieron, sería tu prima Aurelia, tan cursi siempre la pobre, y aquí está tu primer pantalón largo, muy flacucho estabas...».

[13]

Triste regreso pálido el del álbum de fotografías. Resurrección fugaz, charla inútil de sus caras definitivamente sonreídas, imposible reajuste con el ajetreo de cada instante, leve sentimiento que se esfuerza por hacerse vivo entre distintas angustias opresoras. Cuando se cierra el álbum otra vez, un suavísimo hielo enmudecido se acomoda sobre sus páginas, apresándolo. ¡Qué silencio delgado, tenso de músculos que mantienen, tercos, su postura,

bajo el lento amarillo creciente de los años! Toda la vida agolpada en la frágil cartulina, sin primavera ni otoño, luz inmóvil, blandamente poblada en el recuerdo. Cada foto que se observa es sorprendida en el vago sobresalto de reiniciar su gesto de álbum, [16] un poco muerto ya también, recelando disgustar y que la quiten. Otras imágenes, cada vez más próximas, vienen empujando, oprimiendo desde su oscuro origen de múltiple Contax, picnic, montaña, traje de baño, fiestecitas de club, a las venerables faldas abundosas, tontillo de raso, mantillas, la foto-estudio de «A la ilusión. Príncipe Pío, 50; Madrid, 1880». Y una amable ternura mantiene en su sitio la vieja cartulina, quién será, qué ojos grandes, me recuerda a alguien que no acierto, seguramente olía a pacholí. Sí, ya no importa la cara, la pasajera identificación, sino la presencia de esa tarde alegre del retrato, vanamente eterna ya, y ajándose.

[17]

#### Mañana de domingo

Mi padre me llevaba a todas partes. Anda ceñido en mi recuerdo a todos los pequeños placeres de mi infancia. Unas veces era el carrito de la Plaza de Oriente, repleto de campanillas que tocábamos desesperadamente, con tres jerarquías de viajeros: jinete en el burro, el pescante, sentado dentro. El cochecito daba una vuelta al óvalo del jardín de acacias grandes, cercado de reyes (todos son parecidos, papá) mientras rosigábamos un barquillo que daba la mujeruca al subir. Otras veces -todos los domingos por la mañana- era la parada, el solemne relevo de la guardia en el Palacio Real. Me encaramaba a los barrotes de la verja, y desde allí, oprimida la cara entre dos hierros, veía aquellas extrañas ceremonias, ir y venir de caballos, sables en alto (qué se dicen, nunca [18] se baten), cañones que cambian de lugar, en tanto que dos bandas tocaban alternativamente pasodobles. Algunos días mi padre me decía: «Mira el Rey en aquel balcón», y yo no veía nunca a nadie, y si veía a alguien por la enorme fachada no se parecía a las fotos de los periódicos. Después volvíamos poquito a poquito, aprendiendo uniformes, húsares de Pavía y de la Princesa, lanceros de Alcalá, Escolta Real, y mi padre me agarraba fuerte de la mano, o me tomaba en brazos para verlos pasar.

Un alto, siempre, en el centro del Viaducto. Allí el escalofrío de los que se tiraban, de los suicidas (no tengas cuidado, siempre se tiran de noche, cuando no pasa nadie). Era el Viaducto viejo, el de hierro, con su aire de bidón oxidado y mugriento, barandilla alta, un ciego acurrucado a su principio, con un cartel: «de la gota serena», y un perro que sostenía en la boca el platillo de las limosnas. Desde la barandilla del Viaducto aprendí, nombres de iglesias altas, de calles retorcidas, de rincosillos que después he querido mucho. Las Bernardas, encaramadas sobre el Palacio de los Consejos, alta de hombros la torre, siempre haciendo fuerza hacia atrás para no caerse por el barranco de la calle Segovia; las agujas de San Miguel, del Ayuntamiento, de Santa Cruz, adornos infantiles en lo alto, como castillos de dominó; la catedral, dos torres bajas y romas delante de la cúpula, vago recuerdo de león sentado y garras extendidas. San Pedro, cara de búho en ladrillo, y San Andrés, espigadita [19] y alta, oronda de haber subido su costanilla empinada. También campo abierto, Casa

de Campo adelante, y La Florida, humo de trenes, y nombres de montañas, lejos: Montón de Trigo, La Maliciosa, Peñalara, Siete Picos, Abantos. «Allí está El Escorial», decía mi padre, señalando. Y yo nunca veía El Escorial, sino casas, lomas, alguna nube, y horizontes, perennes luego, que no se parecían al Escorial, el edificio de muchas torres y pizarra oscura que yo encontraba en los libros, o en un manguillero de hueso con un agujerito de cristal que alguien me había traído de allá, no logro recordar cómo ni cuándo. En cambio, sí sé que, al mirar dentro, seis estampas tres a tres si se cuca el otro ojo, se veía muy bien un muerto remuerto, que decían era Carlos V, y que yo no miraba por no soñar con él luego...

Entrada la mañana, sol de mediodía en el rinconcillo de la Plazuela de San Andrés, mi padre paseaba, vuelta va, vuelta viene, con don Juan el párroco. Nunca supe de qué hablaban, tan seriamente, tan olvidados. Yo, al principio, seguía los paseos, hasta que el aburrimiento me crecía. Me recogía entonces a un poyo de la iglesia y desde allí los miraba, mi padre asintiendo o levantando los hombros, manos a la espalda, el cura con un brillo igual siempre en cada pliegue de la sotana, leves, acordados altos en el tranquilo caminar. Espaciadamente, ráfagas de viento levantaban remolinos de polvo en el atrio, yo corría detrás de ellos, [20] intentando pisarlos. Mi padre y don Juan iban, volvían. Yo no me atrevía a interrumpirlos. Podía escaparme con otros muchachos, no lo notaban. Y al entrar en casa eran los gritos de Elisa, dónde te has metido, qué botas traes, pareces un golfillo, mientras mi padre se preguntaba dónde podía haberme puesto las botas así, y aseguraba, cansado, que no habíamos estado más que a ver la Parada, y yo gritaba que sí, que la Parada, que habíamos visto de cerca al Rey, y El Escorial, y sin que nadie me oyera, por si era demasiado fácil o pecado, preguntaba a mi padre qué era eso de la «gota serena».

Sí, quizá el recuerdo más preciso de entonces es el de las mañanas de domingo. Escozor del sábado, cuando se duda si iremos mañana, si hará buen tiempo, si no habrá otra cosa que hacer. Y ¿cómo te has portado?, te volverás a escapar, te rompiste los pantalones. Duermevela anticipada, pretendo adivinar en la claridad primera cómo será la mañana. Desde la cama aprendí a descifrar en los ruidos de la calle, en los pregones repetidos, en el matiz de la luz, el brillo de un mueble o de un baldosín, si hacía frío o no, si iríamos o no a la Parada. Luego, sin preguntarlo, nos entendíamos los dos, mirada cómplice. Calle de don Pedro adentro (no te metas en los charcos), ya se oían los soldados, y otra vez a reconocer uniformes, y montañas, y aquella vuelta del río, y dame la mano para cruzar, allí hay un sitio, y otra vez a trepar por la verja, sables en alto, campanadas de las once, y, a [21] la vuelta, ¿veremos a Don Juan?, y cómprame de eso, y hoy no salió el Rey, estaría trabajando, y no pases la mano por la pared, regreso ya hoy sin paisaje ni colores, viento lejano, incorporado definitivamente a la vida, acumulado silencio total y despacioso.

[22] [23]

#### La primera muerte

Mi madre murió pronto. No murió en casa, sino en un Hospital de Carabanchel. Fuimos todos los hermanos a verla el día que la habían operado, sin saber todavía que había muerto. Me pusieron los zapatos nuevos, que me apretaban mucho. Los demás también iban endomingados, sobre todo Elisa, que estrenaba un sombrero malva, de ala muy ancha, cuajada de cerezas y flores. Tuvimos que perder dos tranvías porque ya traían gente y no

podía pasar ella, tan grande resultaba el sombrero. Era poco después de comer, a fines de marzo, primavera iniciándose. La Catedral, gris y arrinconada detrás de los puestecillos; el Teatro de Novedades, la Fuentecilla, nunca se ve por qué se llama eso la Fuentecilla. El tranvía bajaba despacito la pendiente de la calle Toledo, pasaba por debajo del arco grande de [24] la Puerta y luego runroneaba monótono toda la cuesta hasta el río. El gasómetro, el túnel del tren de circunvalación (nunca se ven trenes de viajeros por aquí), la Glorieta de las Pirámides (esas estatuas son iguales que las de la Plaza de Oriente), y el Puente de Toledo, humos de fritangas, el fondo de cementerios, las primeras acacias verdecidas, y el tranvía que, al acabar la cuesta, soltaba los frenos y se precipitaba, derrengándose.

Cruzado el río, ¿por qué pasa tan de prisa el puente?, no se ve nada; es que sólo hay una vía, no preguntes tanto, otra vez la lentitud de la cuesta arriba. Los dos asientos paralelos del tranvía, observándose, me gustaba balancear las piernas en el aire. Los Mataderos. Se empieza a ver la sierra, quedan atrás los cementerios. El cruce con el trenecillo de los Ingenieros. La plaza de toros de Vista Alegre. El Hospital Militar. Hay que andar un poquito, los zapatos me aprietan. Antes de llegar cae un chaparrón, nos refugiamos en un portal, el sombrero de Elisa no puede mojarse. Estamos cerca. Entre los desmontes se ven las torres de Madrid, suave tras la lluvia. En una descampada, damos la carrera hasta el Hospital. Jardinillos al frente, estanque redondo con peces de colores, olor a medicinas, monjas, algunos soldados con muletas, con la cabeza vendada, son de África, y desgraciados, los han herido los moros, y por qué los han herido los moros, y ven por aquí, no te manches, es que no puedo correr más, me aprietan los zapatos.

[25]

En lo alto de la escalinata estaba mi padre, esperándonos. Nos acercamos corriendo, y: Dorotea, distraiga usted al niño por ahí. Dorotea me lleva a rastras por otra escalera que hay enfrente, y no tires tan fuerte, no seas bruta. Me vuelvo hacia atrás y veo a mi padre que abraza a mi hermano mayor, y a Elisa que llora a grandes gritos, que se cae, el sombrero se le vuelca, rebotando en la barandilla, sobre el verde (mira, vamos allí, se le ha caído el sombrero a Elisa, se le va a mojar), y todos se entran llorando. Me llevan a una habitación donde hay unas señoras que no conozco, preguntan ¿es éste? señalándome, me dan caramelos, yo quiero ir a recoger el sombrero. Dorotea solloza por algo que le cuenta una monja, y todas aquellas señoras me miran, suspiran retorciéndose en la silla, y dicen muy ñoñas pobrecito, tan rico, tan pequeño, y ¿no vas a la escuela? y ¿qué sabes de geografía?, yo digo alguna palabra porque las señoras se ríen y Dorotea me riñe. Y que vamos a buscar el sombrero de Elisa, que ella no lo cogió, y quítame los zapatos, me duelen mucho los pies, y a qué huele aquí. Entra otra monja altísima, pregunta si soy el pequeño, y dice que me lleva a verla, y cómete esta naranja, ¿cuántos años tienes?, y yo no digo nada, me duelen los pies, Dorotea es una llorica y las señoras no dejan de suspirar y de decir pobrecito, tan pequeño. Aparece mi padre, haz que me quiten los zapatos, Dorotea no ha querido ir a recoger el sombrero, por qué lloráis todos, qué ha pasado, [26] yo quiero estar con vosotros. La monja tira de mí, y mi padre dice que no, que no me lleven, que soy pequeño. Siempre hoy con esa historia de que soy pequeño. Oigo llorar a Elisa en una habitación, entro sin que me noten, mientras hablan la monja y mi padre, y veo a todos, qué oscuro está, lloriqueando, y en una cama veo a mi madre, muy quieta, como cuando yo la veía dormida en casa, algo despeinada, y un olor. Tiran de mí por detrás, la monja me lleva

al jardín, rompe a llorar, que me duelen mucho los pies, y pobrecito otra vez y, arrastrándome, te daré de merendar, pronto te irás a casa. Hay tormenta, llueve grueso, me acuerdo del sombrero de Elisa, ya lo habrán recogido, hombre, no te pongas pesado, vamos a la capilla a rezar por mamá. Bueno, vamos, pero me siguen apretando los zapatos, y gimoteo, y siempre yéndome. Elisa viene por mí, me llevan en un coche a casa. El sombrero abollado está en el asiento, y nos apretamos todos dentro del auto, inútil preguntar, me descalzo y me dan un cachete, y lloro más fuerte, lloramos todos. Dorotea dice a Elisa que se calme, porque si no le va a dar otro ataque de nervios y quién se va a encargar de tanto, y quién va a ir a las esquelas, más bullente lagrimeo, el entierro mañana y no podremos ir todos. Todos discuten, todos quieren ir al entierro, todos están de acuerdo en que el niño no. Y ya en casa, el niño no, que se lleven al niño, ropas para el tinte, y el niño no, solamente mañana no. Todo anda revuelto, todos hablamos solos sin [27] saber por qué, viene mucha gente, por qué me querrán llevar todos a sus casas aunque esté descalzo, y no me atrevo a preguntar por ella, adivino que hoy no se merienda, quizá no se va a merendar ya nunca más, quién sabe si tampoco otras cosas ya nunca más. Y aprieto entre mis dedos con una oculta alegría, un par de cerezas del sombrero, son de cera, medio deshechas ya, y destiñéndose.

[28] [29]

#### La vuelta de los toros

La vuelta de los toros, hacia el Banco de España, debía de ser un espectáculo importante y frecuentado. Sol amarillo del atardecer, a lo largo de la calle de Alcalá. Una plaza de Cibeles muy llena de tranvías pequeños, de jardineras con cortinillas, de calesas, de gente que cruza por todas partes y en todas direcciones. Me llevaba muchas veces de la mano Dorotea, una criada mayorcita. Ya comienzan a venir los que esperamos. Van apareciendo sin orden, sin una ley de sucesión prevista. Unos coches se adelantan a otros a todo galope en cuanto la calle se ensancha. Casi vienen huyendo de algo. Nos acercamos cautelosos al bordillo de la acera. Dan las campanadas de una hora en el reloj del Banco. Yo las cuento en voz alta. Mira, ya están ahí los toreros. Y llega, grande, creciendo paso a paso, la [30] calesa de los diestros, tirada por una yegua blanca, repleta de cascabeles, rizadas las crines. Dentro, el capote al hombro, agarrados fuertemente al barandal para sortear los vaivenes del empedrado, los toreros. Grana, amarillo, verde, oro por todas partes reluciente, brillantes, lustrosos, nadie diría que acaban de pasar una dura lucha. Ése es el Niño de la Palma, y el otro el Valencia, aquél Belmonte... Y las mujeres de la acera se sienten orgullosas de reconocerlos, como si fueran viejos amigos, y se sienten inundadas, ellas también, del flotante prestigio que nimba a los matadores. Ahí vienen los picadores, unos toreros de menor clase, en un calesín con menos adornos, sin brillos, aburridos, serios, hasta un tranvía se atraviesa y tienen que pararse. Uno viene con un ojo morado, lo habrá pisado el caballo; otro trae un brazo en cabestrillo, qué le pasará, le habrá cogido el toro, y no, hijo, a los picadores no les suele coger el toro, le habrá dado un golpe el caballo. Y yo no entiendo qué demonios hacen los caballos en los toros, y pregunto, y nada. Al echar a andar de nuevo el carricoche, alejado el tranvía, el aire quita a un picador el sombrero, se le ve por completo la calva, y: Dorotea, no es posible que haya toreros calvos. Algunos chicos grandes corren detrás de los picadores y le acercan el sombrero, los de la acera aplauden y gritan olés con mucha fuerza, casi enfadados. Más coches, más cascabeles de nuevo, con las cuadrillas soñolientas, aún traspasados de miedo. Dorotea, que debe de entender [31]

mucho, dice que todavía están cagaditos, los pobres. Banderillas en lo alto, capotes, muletas, ese pañuelo blanco al cuello de los que ayudan, tan significativo. Los alguacilillos. Luego, las presidentas, cuánto han tardado en pasar, les habrán estado haciendo fotos en la puerta del Paseo de Coches. Más campanadas en el reloj del Banco. Contesta el de Correos. Vámonos, me estoy cansando, y: calla, niño, y dónde quieres que vayamos, todo está cerrado. Las presidentas juegan con los flecos de sus mantones de Manila, y se atusan las madroñeras rojas, blancas, negras. Sonríen al público, serán amigas de alguien. «Qué barbaridades dice la gente, no se dan cuenta de que hay niños delante, y cómo están los tiempos». Y yo no sé qué cosa es esa de cómo están los tiempos. Tampoco lo pregunto, porque no me harán caso, pero me aprendo la barbaridad que le han dicho a la presidenta rubia, y la repetiré en casa en cuanto lleguemos, y si no quieres que la diga, llévame a otro sitio, esto no me gusta, y... Un pescozón. Ya vienen las señoritas de al lado. Qué claveles tan bonitos. Pues la morocha de allá tiene novio, trabaja en Bilbao y le tiene prohibido ir a los toros, pero ella, bien, bien se aprovecha, y qué guapetona va, dicen que se va a colocar en el Metro. Eso, eso, yo quiero ir al Metro, llévame al Metro, y ya inevitable otro pescozón, mientras veo entre lagrimones y mal humor, pasar en calesas sonoras de cascabeles, de gritos de cochero, a las hijas del notario de la calle Mayor, y a Susanita, la sobrina del cura, con su novio, [32] que tiene una ferretería, y hay que ver lo que debe de ganar. Las señoritas de Orús, con sus caballos ingleses, son muy amigas, muy amigas de tu hermana, mira, bobo, no llores, te han visto y se ríen de ti, también veranean en San Sebastián. (Cuando Dorotea dice también, mira muy disimuladamente a la gente que hay alrededor, la mar de ufana, qué se habrá creído, nosotros no vamos a San Sebastián). Y Paquita Pimentel, tan pecosa, va en automóvil, eso no sirve para ir a los toros, se muda de la calle Don Pedro, sí, ese caserón viejo con columnas en la puerta, a un chalet en el barrio Salamanca. Yo no sé lo que es un chalet y lo pregunto, otro pescozón, y no haces más que molestar, qué chico éste, qué impertinente, otro día no te traigo, después que está una aquí toda la santa tarde de pie derecho sólo por él, y, Dios mío, esto no es vida, una se desespera. Pasan muchos coches más, revueltos con autos y tranvías, ya es la gente, dice Dorotea, ya no debe de conocer a nadie más, y bajamos mansamente por el Prado, y me va explicando lo que son los tercios, y los quites, los pases naturales, de rodillas, largas, recortes, y las banderillas de fuego (eso debe de hacer mucho daño), y cómo brindan, y una vez en mi pueblo me brindaron un toro, mi padre metió cinco duros en el gorro del torerillo, porque era un torerillo muy maleta, éstos cobrarán más caro por brindar un toro a una señorita, y se enternece, y me aprovecho para cómprame barquillos. Ya está anocheciendo, vámonos a casa, lo más bonito es el pedir [33] la llave, que la jaca anda de medio lado, y sigue, sigue hablando, galleo, rejones, verónicas, y la oreja de oro, yo la he visto en un escaparate de la Carrera San Jerónimo, y el encierro del pueblo, al alba primeriza, lo que pasó aquella vez, qué navarras, qué faroles aquel año. Yo la escucho, no sé si la escucho, bulle-bulle de tranvías atestados, gentío, cabriolés, berlinas, carretelas, tartanas con el toldo bajo, todo regresa de los toros, mientras hundo mi mano en el pilón de la fuente de las Cuatro Estaciones, y Dorotea sigue discutiendo de toros, volapié va, volapié viene, con un soldado, uno distinto cada domingo, como los matadores.

[34] [35]

Música en la calle



Cuando me asomo al balcón de la casa paterna, pienso que voy a tirar una moneda. La moneda que yo echaba siempre a la calle para el hombre de la música. Ya no está enfrente el quicio oscuro, con columnas, donde se solía poner el ciego del violín. Viejo, de barbas blancas, qué sucio está, cómo no tendrá frío hoy con el gris que corre, que va a nevar. Tocaba su violín incansablemente, y una vez y otra Una más, tango-canción, y Cielito lindo, aire cubano, y los cantaba. Yo apretaba la nariz contra los cristales del balcón (no abras, entra frío), y pasaba el tiempo mirando, mirando, sobre todo la rígida postura del perro lazarillo, el plato de la limosna en la boca. Sonaban las monedas poco a poco, la portera siempre salía para echarle, a veces le daba algo, y de nuevo: «una faca albaceteña / se la sepultó en [36] el pecho», y poco después: «ese lunar que tienes, cielito lindo, junto a la boca», y vende, en plieguecillos de colores, las letras de sus canciones, y todos me dicen que no abra, y otras veces que sí que le eche la moneda, se irá antes, es lo que está esperando. Y salgo, y echo la perra al aire, muy contento, avergonzándome enseguida; acude el perro, alguien se la acerca, y el viejo gruñe Dios se lo pague, y sale la portera y mira a ver si hay alguien antes de regañarle y decirle que se vaya a otro sitio, y corta el ciego su canción, y hay un fugaz revuelo de silencio, y oigo puertas, pasos, roces, suspiros que antes no oía, ahogados por la música... Y sigo apretando la nariz contra el cristal para seguir ese silencio, remontándolo.

Primavera adentro llegaba el hombre del organillo. Un burrito lanudo tiraba del carricoche donde iba montado el piano. El hombre se ponía cerca de la esquina a la tardecita, y comenzaba a darle al manubrio. Inmediatamente aparecían muchachos y muchachas grandotes, que bailaban muy ceñidos, también otras parejas más pequeñas. Dentro, oía a mi gente refunfuñar: no falta más que esto, que bailen aquí todas las tardes, y estas costumbres de ahora; niño, éntrate, que eso no lo debes ver tú. Pero el hombre del organillo me sonreía y yo seguía pegado a los hierros, y un día me preguntó si no bajaba yo a bailar. Y no contesté, no está bien hablar a los mayores, y más si no se los conoce. Y el hombre hurga en un rinconcillo junto al manubrio [37] [38] y toca luego lo que la gente le ha pedido a gritos, el pasodoble de Las Corsarias, el chotis del Sobre Verde, y veo que para que no les digan nada, Dorotea y Elisa se han ido a otra habitación, balcón medio entreabierto, y bailan allí el Sobre verde ése, mientras Miguel y Fernando siguen el compás con unos libros, mirándolas tontos. Luego, pide dinero también el hombre del organillo, por qué pide perras, va bien vestido, dame una que se la eche, y, niño, se va a acostumbrar, no puede ser tantos cuartos, qué te piensas tú, y yo no me pienso nada, veo, triste, marcharse al hombre del organillo (arre, burro), tengo la cabeza metida entre los hierros de la barandilla, el hombre me sonrío, oigo el barullo de las gentes que hablan en la calle siguiendo el carrito por si toca en la otra esquina, y otra vez el chirrido del tranvía, renqueando en la cuesta, y un fondo de campanas, ya anochecido, y, Dios mío, qué tarde, ya tocan a las flores en San Andrés, y tienes que acostarte, vaya horas de estar levantado este chico, y me entro despacito, y todavía se oye el quejiqueo presuroso del tranvía, y algún grito que dan en la calle, serán golfillos. Mi padre cierra cuidadosamente las contraventanas de los balcones, corre las cortinas luego, y: hasta mañana, cenes bien. Se va apagando el tranvía, y se oye el ruido -tan brillante- de las agujas haciendo punto, el rasgar de un libro, puertas que se cierran lejos, alguien canta en la cocina, y aún hace fresco por la noche, hemos hecho mal en no poner brasero, quién [39] lo diría, en mayo, y a ver si cena el niño, que recemos.

[37]

Por las mañanas aparecía el francés. Llevaba a la espalda un enorme bombo, y encima del bombo unos platillos. Los dos sonaban por medio de unas cuerdas que se ataba en los talones, por lo que daba de cuando en cuando grandes sacudidas con los pies. Y con las manos tocaba el acordeón. Se paraba en medio de la calle, apartándose lentamente si pasaba algún carro o algún coche. Mi padre decía que venía a tocar a la puerta de la panadería de abajo, porque los panaderos eran franceses también, y le daban mucho dinero y de comer. Algunos días coincidía con el camión de la leña. Los hombres descargaban, contándolas en voz alta, las gavillas, y el francés seguía tocando La Marsellesa con gran furia, y las mujeres de casa decían que eso no debía tolerarse, porque no era cosa buena tocar eso, y el hombre del bombo lo tocaba. A menudo cantaba cosas que yo no entendía, y entonces me quitaban de prisa del balcón. Se iba el camión de la leña ya vacío, el hombre seguía tocando mientras limpiaban la calle. El carro de la basura se acercaba tintineando la campanita, y el francés decía a los barrenderos en voz baja lo que querían decir sus canciones, y los barrenderos se reían muchísimo, y se les oía pisar encima de los restos de leña, que crujían sedosos, con un olor bueno a montaña, a desordenada brisa de humo y hierbas transitorias, olor de paseo al sol. Se marchaba el carro de la basura, repiques de [40] la campanita, los cascabeles de las mulas. El francés se iba yendo poquito a poquito calle abajo, de vez en cuando se siente caer alguna moneda en el empedrado, no veo de dónde se la echan, mientras el sol bajaba, lento, por la fachada de enfrente, y qué buen día hace, hoy te llevarán a Rosales, pórtate bien, si no hubieses echado la moneda al francés, tendrías para los caballitos, y mi padre se marcha a su trabajo, le digo adiós en el descansillo y tras el portazo se despierta ¿dónde estaba?, otro estallido de silencio, y oigo crujir un mueble, y alguien sube por la escalera, tosiendo, y un ruido ardiente de pájaros en la calle, y pregones, y ven que te arregle, el olor de la leña llenándolo todo, livianamente interminable ya, y ahondándose.

[41]

Tarde en Rosales

Paseo de Rosales, largo sosiego al sol, mediada la tarde inverniza. Vamos a Rosales porque has sido bueno, no te has revolcado en el suelo, no has hurgado en los cajones. Según Elisa, es premio concreto a no haber revuelto en sus postales. Esas postales de brillo y unos versitos en el ángulo, regalo de sus amigas en los cumpleaños. Vamos a Rosales. Caminamos todos sin un orden en los grupos, cambiándonos al andar, entrecruzando las conversaciones. Solamente van quietos y tranquilos Elisa y su novio, alto, delgado, ya está calvo, lleva muchas sortijas, sombrero muy raro. Llamamos la atención a todo el mundo. Dorotea dice es el luto, somos tantos, ya te llevo a rastras. Tomamos el tranvía en la puerta de Capitanía General. Elisa se quiere sentar siempre, casi nunca hay sitio. Antes buscaba asiento [42] para mí a su lado, ahora lo hace el novio para ellos dos, me tengo que salir a la plataforma con los demás, y ya estás entrando y saliendo, ponte aquí, no des la lata. Y se van quedando atrás, movida sucesión de ruido y de colores, las casas, Paco lee los números y las lápidas y los carteles, Palacio, jardines, el cuartel de la Montaña, más casas, y ahí al lado vive la infanta Isabel, y hay que bajar en los bulevares, esa calle con la acera enmedio, que eso es el bulevar. El novio, que se lo sabe todo, dice que en aquella esquina de Rosales

vive el general Weyler, que es muy pequeñito, y pregunto y nadie sabe decirme nada, ni por qué puede haber un general pequeñito.

Ya estamos en Rosales. Sillas de hierro, al borde de la acera, gentes que van y vienen, silbidos del tren cercano en el aire, entre los pinos, jaleo de coches y patines en la calle. Elisa y el novio se sientan, y él dice: los niños con la criada a pasear, Dorotea se enfada, nunca me han llamado criada a mí en vuestra casa, qué se habrá creído el mierda ése, y no te toques en las narices, y me pega y me río de verla enfadada, y vámonos, qué hombre odioso, pobre señorita, como se case. Damos vueltas y más vueltas, hasta cansarnos, y no te quieren allí, eres tonto, no te puedes quedar en las sillas, no ves que estorbas, y el novio me da diez céntimos: toma, para que te invites con algo, y compro dos quesitos de coco y dos sultanitas, dos cinco céntimos, y Paco viene a quitarme la mitad y lo que pueda, y [43] [44] hay gresca, y no se puede ir con estos chicos a ningún sitio, y desvergonzados, y Elisa pide perdón a su novio por nuestra mala crianza, y dice ya ya y bueno bueno, y cuando lleguemos a casa. Y yo sé que no habrá nada cuando lleguemos a casa, porque no se enteren de lo del novio, y todo se remedia con otra perra gorda más, mitad quesitos, mitad cigarrillos de anís.

[43]

La gran novedad de Rosales eran las patinadoras. Iban muy serias, muy elegantes, con grandes trajes malva, y rojos, y blancos. Llevaban casi todas sombreros de anchas alas, se los sujetaban con una mano al patinar, brillaban las pulseras al caerse las mangas brazo abajo; también tenían un paraguas que movían mucho, colgado del otro brazo. Muchas usaban impertinentes, y nos miraban a los chicos de una manera muy especial, fijas, echando la cabeza atrás. Sentados en el bordillo de la acera las veíamos pasar y repasar. La gente se amontonaba, y ellas cada vez más serias, más elegantes. Si alguna se caía, no acudía nadie, sino unos hombres de uniforme azul, que sabían levantarlas. Elisa quería alquilar unos patines, pero el novio no la dejaba, eso son cosas de ahora, un escándalo, ésas son francesas que traen de reclamo, una señorita no debe hacer eso, y luego, si te caes y echas las piernas por alto. Otros señores de por allí no pensaban así, y encontraban muy divertido eso de echar las piernas por alto, que se reían la mar. Las patinadoras solían salir en los periódicos al día siguiente, [45] y en Blanco y Negro y en La Moda Práctica, y en La muñeca ideal, y Elisa decía que todas eran bien. Después de patinar un rato, las francesas paseaban por la acera, entre las filas de sillas, muy estiradas dentro de sus abrigos de piel, y miraban a la sierra con unos gemelos de nácar que se prestaban unas a otras, sin hacer caso de la gente que las contemplaba con descaro y les decía cosas a media voz, barbaridades, opinaba Dorotea. Lo que más llamaba la atención era el calzado, unos zapatos muy puntiagudos y brillantes, y el novio de Elisa, que debía de entender mucho de zapatos y de patinadoras, nos hablaba del charol, de la cabritilla, del ante, de las formas del tacón, y de cómo los gastaban las chicas de Parisiana, y Elisa hacía que se enfadaba, y medio regañaban, y no me gusta que hables así a los niños, y no vas a volver a ese sitio, pues no faltaba más, ¿por qué no te casas con una de ellas?, y yo pensaba que Parisiana sería un lugar incómodo, sin sol, sin juguetes, donde solamente habría serias patinadoras para acá y para allá, silenciosas, irrefrenablemente lanzadas y volviendo.

Tardes de Rosales, luto cercano. Volvíamos despacito, a pie, ya el sol bajo. Delante los mayores, seriecitos, qué irán preparando, hay que ver, a Paco habrá que ponerle pantalón largo en seguida. Detrás Dorotea, conmigo a rastras, anda, hombre, no remolonees (oye, Dorotea, para qué vale patinar, qué es Parisiana, por qué me da perras ése que viene con Elisa ahí detrás, no miran por dónde van, tropezarán, [46] por qué se marcha antes de llegar a casa, por qué no se puede hablar allí de él), te callarás, se va a hacer de noche, hoy ya no se va a poder rezar el rosario, con el novio tenemos bastante, y andamos, calle Bailén adelante, unos húsares relevando su guardia, las primeras luces lejos, y ya no se ve a tus hermanos, dónde se habrán metido, aburrimiento de la caminata, y un vago sabor a coco, dos cinco céntimos, corruscante blanco y crema, noche arriba y ya oscureciendo.

[47]

Aleluyas

Había que ir a comprar los pliegos a la puerta de la Catedral, donde la mujeruca que las vendía se sentaba. ¡Aleluyas de toos los colores! ¡Para tirar al paso del Santísimo! Papeles de colores, amarillos, rojos, azules, naranja, verdes (blancos, más baratos), donde venían filas de cuadraditos, grabados en madera, con un par de versitos debajo: la aleluya. Flotaban al vientecillo cobarde, levantándose por un extremo, sujetas por el otro a un listón con una pinza de la ropa. Indecisión curiosa, azoramiento siempre renovado al escoger un pliego (¡enséñame los cuartos primero!), si Felipe o la muerte del Espartero, la Reina Regente y la guerra de Cuba, o la guerra carlista, o el crimen de doña Baldomera y las niñas desaparecidas, las atrocidades de no sé qué semana en Barcelona y el [48] incendio de un teatro, o los pecados capitales y una peregrinación a Roma. Muchas cosas más, con sus versitos debajo. En casa, los chiquillos reunidos cortábamos cuidadosamente los recuadros, que, una vez mezclados los colores, se arrojaban al paso de las procesiones, revuelo confuso y múltiple, mansa caricia de lo alto sobre el suelo sucio de la calle.

La aleluya era para nosotros un simple color, regalo fácil a la brisa de la tarde con campanas, con música, olor a fiesta sorprendente, quizá buena merienda, gentes extrañas que vienen a aprovecharse del balcón. Las leían risueños los mayores, y qué gracia la Reina madre, el vestido es del tiempo de Mari-Castaña, y qué negros deben de ser todos en Cuba, y vaya cuernos que le han pintado a este toro. Las que más nos divertían a todos eran las de la gripe. Paco delectaba con el tonillo de la aleluya, una música aún inevitable,

Sale de casa la gripe,

para agarrar a Felipe.

Y los mayores suspiraban: ah, sí, la gripe, ya. ¿Te acuerdas cuánta gente se murió?, y sonaban nombres de gentes conocidas, ningún Felipe, gentes que el año aquel, entonces, pobres, cuánta nieve el día del entierro, y, con una lejana tristeza, sí, fue el año 18, tú eras muy chico. Y miramos con una pesadumbre curiosa, terror naciente, el grabado de Felipe, que a lo mejor se va a morir, no todo va a ser cosa de risa. Y allí estaba Felipe, muy bien

plantado, [49] joven, delante de un espejo, acicalándose para salir. Tieso que tieso, avanzaba sin rumbo, y, en una calle cualquiera, en la esquina, con un velo echado sobre los ojos, ella, la gripe, una señora elegantísima, un verdadero figurín decía Elisa (esta Elisa siempre pensando en lo mismo), con una capa de piel y un monedero de plata, muy aplastadito, una joven que quién iba a pensar, tan bien puesta, y luego... Felipe caía en la trampa. No, ni el respeto a su familia, ni el presentimiento, ni un entierro que pasa por allí, nada. Se va con ella del brazo, paseaban, iban a una iglesia, al café, a Recoletos en un simón, al baile, a cenar en un restorán lujosísimo, y acababa Felipe despidiéndose, hasta mañana y escalofríos, a casa y a la cama. Al día siguiente, rígido, la alcoba llena de mujeres con el pañuelito en los ojos, un cura vestido a su cabecera, una mesilla de noche que se parecía a la mía, con un vaso de agua sobre el mármol, y la gripe, ella, la mujer del velo y la capa de pieles, mirando taimada por la puerta entreabierta:

Qué contenta está la gripe

porque se muere Felipe.

Felipe se moría sin remedio. Y allá se iban su entierro y su desventurada familia, haciendo giros por el viento, a buscar el arroyo.

¡Aleluyas, aleluyas de toos los colores! El pregón se levantaba en primavera, con los días tibios. Placer infinito, ir haciendo crecer el montón de recortes, [50] los cuadros a un lado, lo inservible a otro, y estos chicos, esos papeles tan finos no hay quien los saque luego de la alfombra, y dichosas tijeras. Nosotros no mirábamos siquiera los pliegos, lo importante era cortarlos. Largos ratos de silencio, mientras se van despedazando. Entra el sol amable en el cuarto. Yo veo a mi gente reunida. Las mujeres cosiendo, alguien lee en voz alta el periódico: cosas de guerras, de huelgas, los nombres del Real, pleitos famosos (que no caigan papeles en el brasero, huelen mucho), un robo en descampado (Jesús, el domingo pasado fueron los chicos por ahí a tomar el sol), a la carnicera le ha tocado la lotería, un nuevo sistema de alumbrado en un paseo, el último rosario de la aurora en Getafe, a don José le ha atropellado un automóvil, habrá que ir a verle, un nuevo servicio de trenes a Aranjuez (qué bien, iremos a ver correr las fuentes, yo no he ido nunca...), el jueves habrá Capilla pública en Palacio..., y suenan las tijeras con su chirrido minúsculo, guiño brillante, y mirad qué toro, es el que mató a Joselito, hijo, y más explicaciones sobre Talavera y su plaza, y Dios sepa cuántas cosas más, mientras el montón de cuadritos va creciendo, creciendo, celosamente cuidado, uno a uno, no me lo toquéis, ya voy a cenar, no me llaméis más, que me queda solamente éste, quiero recoger los recortes del suelo, no quiero que me digas luego que bueno, y que ya he manchado bastante. Y se guardan los cuadritos a la espera del impulso fiero de mezclar los colores, [51] bien mezclados, que no queden esos dos iguales juntos, picazón en los dedos, tan apretadas estaban las tijeras.

Las aleluyas bajaban, indecisas, un distraído vuelo sin orden, locas alejándose, súbita elevación luego, vacilantemente hundiéndose en la siesta olorosa. El parpadeo de colores aún daba una señal de chillidos reconocedores, la morada es la de Pepe el gallego, el sereno

bueno, y la verde es la del Espartero, y la encarnada (se quedó en aquel balcón) es la del Gurugú. Aquella amarilla que va cayendo en grandes eses, sola, es la de los pecados capitales, que tanto hacía reír,

... hijos del demonio,

desgracia del matrimonio,

todos agolpados livianamente contra el vasto desierto total, definitivo, una blanda lluvia roja, naranja, azul, verde, lento descenso apenas rumoroso, campanas en el aire, procesiones de San Isidro, de la Minerva o del Corpus, y siento que alguien me levanta en brazos para que pueda ver la custodia por encima de la barandilla, y reveo el desfile de personajes, que pisotean, insensibles, a la Reina madre azul, a Felipe amarillo, a los bolcheviques, revueltos con pétalos de rosa, flores, incienso, gritos, y la paciente tarea del recorte, sí, aleluyas de todos los colores al paso del Santísimo.

[52] [53]

Pesadillas

El luto más cercano y rígido por mi madre lo pasé en casa de mi tía Rosa, su hermana mayor, que no se reía nunca. Vivía en Arganda del Rey, cerca de Madrid, entregados ella y su marido, Gregorio, a cuidar sus olivos, sus vinos, sus fábricas de esto y de lo otro. También tenían, de vez en cuando, otros sobrinos, un rebaño de granujas, decía Elisa, que iban a ver qué sacaban de allí. El tío Gregorio me enseñó a hablar por teléfono, a buscarle cuando le llamaban, a darle vueltas a la manivela para pedir número con Madrid y a hacer montoncitos de dinero para pagar a los obreros los sábados. Algunas tardes me llevaba de paseo al Cerro de la Horca, cuesta empinada de guijarros, unos pinos en lo alto, campo sosegado a lo lejos, el pueblo entero abajo. Desde allí me explicaba [54] chismes del lugar, de quién era aquella viña, de quién aquel maíz o la noria del otro bancal, y gruñía siempre contra el genio de tu tía, es una mandona, no hay que hacerla caso, que la zurzan, se va a morir de asco cualquier día. Me enseñó la fábrica de azúcar de La Poveda, y las obras de la traída de aguas, y los vagones nuevos del tren, con retrete, y me contaba largas historias de diligencias y ladrones, de viajes a América, de los mambises de Cuba, de la abuela de la Reina, y muchas cosas más que aún a veces me suenan a su voz, ligeramente rota, y me traen sus ojos, pequeñitos detrás de unos gruesos cristales, y su cinturón de cuero repujado, hebilla de Filipinas y sitio para el cuchillo, lo mejor de Albacete, lo compré en el tren cuando fui a los baños de Archena, le cortarías bien a gusto la lengua a tu tía con él.

El tío Goyo era bajito y gordo. Jadeaba mucho al andar. Una tarde que subimos al Cerro de la Horca, a mitad del camino se sentó en una piedra, apenas podía hablar: No puedo más, baja a casa, avisa, que vengan. Corrí cuesta abajo, y en el jardín estaba la tía Rosa con otras señoras del pueblo que le hacían una visita, muy serias, con grandes mantillas, olor de naftalina envolviéndolas. No me dejó hablar siquiera. Empezó a gritos: Te has escapado, eres un bribón, tu tío te estará buscando, y me daba bofetadas y pellizcos. Yo me escapaba

muerto de susto, mi tía parecía más alta entonces y como si me quisiese matar. Me escapé, llorando, [55] [56] y le conté al mozo de la oficina lo que le pasaba al tío. Le trajeron un gran rato después, le acostaron, el pecho subía y bajaba deprisa bajo las sábanas, con un ruido lejano y confuso, de grifo con aire, de lavabo vaciándose, algo frío y asqueroso a la vez, con mezcla de metales, y cayéndose. Ya decía yo que no subiera, claro, pero es el niño, natural, el niño, este mocoso que habrá querido subir al Cerro, y este niño, y otra vez este niño va a ser la perdición de mi casa, y me pegaba la tía un empujón al pasar, o un tirón de pelo, o, lo que más le gustaba, un capón con los nudillos, con aquella mano larga, crujiente, afilada, que dolía. Y el tío Goyo me miraba, le veía yo que me miraba sin encontrarme (le habían quitado las gafas, parecía otro), y no decía nada, no podía decir nada, ahogándose. La habitación estaba oscurecida, mi hueco era la puerta, el tío se asfixiaba, corrían, venían, la tía me pegaba, y afuera todo el viento entero, consumiéndose.

[55]

No dejó de gritar, de acusarme de su desgracia. Me acostó sin cenar. Apretada la cabeza contra la almohada, yo lloraba largamente. Y cállate, ya estoy harta, y me golpeaba a ciegas, en lo oscuro. Entraba solamente a eso, de cuando en cuando. El tren de las nueve. Se podría ir a casa en él, pero no tengo mis cosas recogidas, y el tío está malo. ¿Qué haces destapado?, y otro puñetazo, y ya no se sabe si viene, si se ha marchado o está encima acechando, golpeando. Es de noche y no veo el reflejo de la calle, tengo hambre, no sé qué será eso que me [57] duele por las piernas. Un bicho, sí, será un bicho. Gritos. Me duele la cabeza ahora, estoy viendo el perro aquel que mató el tren en las agujas, y lo veo levantarse con las tripas fuera, me va a manchar, no, no, no. No. Otro golpe. Vienen no sé de dónde, pero alguien. Debo de sangrar por las narices, el tío Goyo no subió el Cerro por mi culpa, no, fue él quien lo propuso: Anda, siete añazos, vámonos arriba, ¿es que no lo oye? Hola, María, ¿vas a la fuente de la plaza por agua?, déjame ir contigo, te prometo no quedarme a jugar en el atrio con los chicos del sacristán, pero llévame. Llévame. No me pegues más. No he hecho nada. Se lo diré a mi padre. Claro, claro que se lo diré, me llevará con él. Otra vez el perro. Viene. No puedo correr. Esta pierna. Ah, es el mar, el mar de Alicante. Y Elisa y Paco que me están pegando, y más gritos. No me apretéis el cinturón tanto. Hay mucho humo de aceite, me voy a ahogar. Abre la ventana. Tengo miedo. Esa araña no es buena: es negra, venenosa. Y tiene manos. Aprieta y... Quiero irme. Alguien da vueltas a mi alrededor, se acerca, se marcha, vuelve. Martillazos en el yunque. Las chispas de hierro rojo me caen en las sienes, están frías. Suena el reloj, tío, no lo atrases, que se haga de día, ¿por qué te ríes, tío? Te han llamado al teléfono desde Perales, que no llegarán hoy los bidones. Mi padre me traerá un cochecito con cuerda que me prometió. Pero no, no me pegues más. Un auto, un auto. Me coge, me coge. Deslumbramiento repentino. Caigo en algo [58] muy negro, muy hondo, sigo cayendo, cayendo, no puedo parar. Ya. Están a punto de chocar dos trenes afuera. Veo a todos los chicos del pueblo correr, indecisos primero, luego con grandes accesos de risa, de súbita vehemencia. Más de prisa todavía, negro abajo, abajo, sin parar, dónde estará el fondo. Vómito, hipo, sed. No me pegues, por favor. Luz vivísima, tensión para oír, sin oír, sin ver nada. Me pisotean los chicos, todos pasan por encima de mí, y... No me quisieron llevar al entierro de mamá y me estoy aburriendo en este funeral tan largo. Huele mal la ropa teñida. No me gustan, y que no. Antonia y su novio están abrazados detrás de la puerta y la tía Rosa los va a ver. La tía

Rosa me pega mucho, pero se lo diré. A mi padre. Se lo diré el domingo, cuando venga. Cuando venga, y me traerá el auto, y me preguntará si estoy bien. Negro todo otra vez. Callado. Como cuando reventé el globo. Ay, debía estar soñando, no me pegues más, no quiero, tampoco besos, ni caramelos, ni nada, solamente quiero irme a casa, irme a casa, quitarme de encima ese baúl, yo no rompí el plato grande, no quiero ver al ahorcado en el olivo, tengo miedo, no se enciende la luz, la tía Rosa, la luz otra vez, no encuentro la llave, no hay llave, anoche sí estaba. Y se va la noche, despacísimo, veloces triángulos de luz sobre el techo cada vez que pasa un auto por la carretera, ruido creciente, luego se va, aprisa, y de nuevo el silencio y mi lloro, no oigo jadear al tío, si se habrá muerto, agua, agua, tengo sed, hay un [59] clamoreo de animales en el cuarto de al lado, lobos, perros, cerdos, gatos, quizá otros aún peores que no sé nombrar en el otro cuarto, angustia, quiero orinar, pero no me pegues, que me levanto sólo para orinar. Y hay un hilito gris, consuelo claro, en la ventana.

El tren de las siete. También va a Madrid, también me podría ir a casa. Me duele mucho la cabeza. Va entrando callada una luz suave, y empieza a no oírse tan bien como en lo oscuro. Crece la luz, ya hay varias rayas de sombra en el techo. Carros, hombres, autos patas arriba andan encima de mí, sonando al otro lado del muro. Ya veo las manchas del suelo, aquella flor gastada del baldosín del rincón, junto a la alacena. Huele a medicinas. El tren se marcha. Releo los números de los ascendentes en la pizarra negra, bajo el reloj, y distingo las botazas del cartero. El pito del jefe de la estación, el del furgón, ya arranca. No puedo mover esta pierna. La almohada, húmeda. No se oye nada, me levanto, voy poco a poco al cuarto del tío, está abierto, miro, el tío está sentado en la cama y me ve llegar, tiene las gafas puestas ya y me sonrío, me pone una mano en la cabeza, iremos a los toros el domingo, a la plaza, y vuélvete a la cama que no te vean levantado, y llanto silencioso, irrefrenable y sin pena, pasa un auto grande por la carretera, la casa tiembla, ladran perros, su mano en mi hombro, aquiescencia cómplice, y ya la noche lejos, huyente pesadumbre, y la mañana tan nueva, tan alegremente repetida.

[60] [61]

En el huerto

Vuelvo a ver la mañana de sol, Vistillas abajo, camino de la estación de Goya. Vamos a pasar el día, o varios días, al campo, en el huerto de papá. Elisa no se cansa de dar recomendaciones, cada ocurrencia, que si los libros de Paco, que si las zapatillas viejas, a ver quién va a llevar esta bolsa, y Dorotea y Fernando cargados a no poder más, y Miguel que no quiso llevarse estas cosas en la moto, y no me rompáis ese tiesto, y mi padre con sus tijeras de podar recién compradas, una marca alemana, tengo ganas de probarlas, unos pasos delante, yo con él. Los churros del Puente de Segovia, si se habrá marchado el tren, tú crees que tendremos sitio, qué fastidio si le da por llover.

Humo del trenecillo, lavanderas en el río, polvo, solares, huertas pobretonas, un vago sabor a sueño [62] mutilado, ruidos de vagonetas, de carretillas, sol, ese trajín de una estación pequeña en día de fiesta. Y no te asomes a la ventanilla, mira a ver si está bien cerrada la portezuela, faltan tres minutos y papá no llega, qué capricho de periódico, ir a comprarlo ahora, él tiene los billetes de todos, no manches el asiento, pon los pies en el calorífero, y el tirón del arranque, cuando a Elisa se le vuelca siempre algo, pobre Elisa, con



cada ocurrencia, y Fernando cuidadoso del pantalón, planchado entre los colchones, y el brillo de los zapatos, que le hace andar despatarrado, dice Miguel que como el tío del Michelín.

El viaje es corto. Cuando llegamos, desde la estación se ven ya las copas de las acacias; el tejado de la casa, siempre hay algún desperfecto en la tapia o han entrado a robar. Mi padre lo observa todo, lo mira todo, ojeada íntegra desde la entrada, y reconoce casi el paso de una brisa, de un insecto. Nos agrupamos todos para abrir la puerta, oír ese chirriar donde se guardan la noche y la lluvia, empujar la media hoja sobre las hierbecillas renovadas, y entrar. Se hace un silencio en la memoria al abrir la puertecilla, tiembla el número 26 pintado de verde en la cima, y un bando de pájaros sale, susto rápido, de los árboles. Nos descargamos de todos los chismes, y vamos poco a poco viendo todo, árbol por árbol, estudiando el progreso de cada planta desde el último domingo. En la tapia larga, ya saltan las glicinas sobre el vecino, grandes, [63] olorosos ramos de morado azul. Abajo, la madre selva quiere brotar y lanza ya en promesa su aroma, tendrá más flores que el año pasado. Las hortensias, cuajadas de moños, aún sin color, cuándo abrirán, ésta era la azul, qué bien, cuántas yemas tiene, y la otra tapia cubierta de dalias y malvones, ya tienen algunas, para el mes que viene no podrán los tallos con tantas, y hay que ver los rosales, esta rama herida, habrá entrado algún animal. Y hay un perfume agolpado, encendido, de día bueno, inmóvil tranquilidad absoluta, toda rosal y cielo solos, mientras mi padre arregla la rama maltrecha. Las celindas, junto a la ventana, se vuelcan, una blanda lluvia blanca, silencio purísimo de sus hojas sueltas y cayendo, quita esas hierbecillas de ahí abajo, es grama, habrá que rozar este cuadro. Cómo crece el jazmín de la esquina, un jazminero blanco, lo trajeron de Extremadura, no creíamos que fuera a prender en este frío, y qué hermoso está, y todos miramos al jazmín buscando algo extraño, milagro inesperado, algo que no es planta ni flor, sino jazmín, tesoro prohibido. Y vamos a los lirios, junto al caminito central y al borde de la alberca, espadas verdes y flores amarillas, blancas, moradas, y siempre mi padre me hace un pito con lo tierno de un gladio, y mira qué venas tiene éste, y no lo pises, hoy regaremos este lado, habrá que cortar esas margaritas, y me quedo, vacilante, en el borde de un ribazo, mientras mi padre se agacha cuidadoso y acaricia una ligera pelusa verdeante, [64] apenas renacida, diciendo palabras oscuras, miosotis, albahaca, heliotropos, campanillas, crisantemos, tulipanes, narcisos, un delicado plumón indistinto, húmedo, que va colocando en tiestos, latas, éste para ti, le llevaremos ese alhelí a la tía Marina, las siemprevivas se han helado, esta Elisa se cree que sólo hay claveles en el mundo, y muchas veces cuando llegue mayo. Y aquí está de nuevo mi caluroso respeto por la hierbecilla aquella, la que no es hierbecilla, sino nombres raros, que no se puede pisar, ni tocar, que casi el agua de la regadera le hace daño.

Mi padre se quedaba toda la mañana cuidando sus árboles. Podaba, injertaba, quitaba hierbas, aporcaba, repartía basuras, enderezaba el poste caído de la valla de atrás, sujetaba los alambres y las cuerdas del lavadero, entramaba las guías de la enredadera... La parra del cenador, las higueras, el melocotonero, los albérchigos, los manzanos, los perales, el granado de mi tiempo: para todo tenía un instante, un hueco, una fresca solicitud. Los chicos andamos trajinando. Recogemos piedras lisitas y de colores para arreglar el suelo de los caminos, las apelmazamos con un martillo, ya nos comprarán cemento. Elisa pasa siempre cuando estamos trabajando, y una vez y otra, y dice que hagamos tal y cual dibujo, y que si un jarro o una flor, y que si no sabemos hacer más que círculos y cuadros, y que si

patatín y que si patatán, y Miguel dice que es tonta, y qué cosas tiene, y que no hace falta [65] mandar tanto, y qué se ha creído, y ella grita y dice que se lo va a decir a papá, y que siempre la están insultando, y yo creo que no, y que es verdad que pasa mucho y que no somos malos. Un poco antes de comer, vamos todos juntos a ver la última flor del almendro, mantenida, sola, aislada en el árbol ya cubierto de hoja, y me da miedo de que se vaya a caer delante de todos, de vergüenza, todos bizcos al mirarla de cerca.

Por la tarde se llena la balsa. Paco y yo nos relevamos en la bomba. En la pared de dentro hay unas rayitas rojas que indican el agua que hace falta según lo que se vaya a regar luego. A la tardecita, el agua corre, inundándolo todo con su voz estremecida de hondura, de gracia, espejeante, frágil a los lengüetazos de la azada que abre y cierra surcos, una frescura creciente, como una sombra diluida que deja entrar el desvelo sin ansia, una dicha profunda. Agua corriendo, voces para guiarla, mi padre apoyado en su azada y esos pájaros chillones, ahora, en la planicie increíble del recuerdo, sobre un cielo plácido, noche próxima, los dondiegos ya cerrando.

Domingo, días de fiesta en el huerto de Campamento, tracatrá de la bomba, canto de sapos por la noche, nosotros subiendo al olmo del centro a todas horas, qué imposible distancia. Su memoria más viva es la de aquel otoño que hubo un trocito de azafrán, flor delicada y suave al amanecer, vulnerable alfombra morada, a media mañana destruida.

[66]

Todos los vecinos acudían a verlo, a palpar temerosos cómo se endurecían las hojas con el sol, y hay que ver, tan pequeña y tan cara, qué bonita, cuánto trabajo da. Fue aquel otoño en que también hubo crisantemos, blancos, amarillos, con su aire estúpido, despeinados bajo la lluvia, los crisantemos que, cuando volvíamos por la noche al tranvía, bordeando las charcas, se quedaban en el cementerio de Carabanchel, donde estaba enterrada mi madre, todos nosotros un poco bobos, como si no nos diéramos bien cuenta de la dura distancia a que su cuerpo vivía, Elisa lloriqueando, cada ocurrencia, y mi padre me lleva de la mano, sus tijeras de podar ya usadas, y, arrastrándome, las llevaremos a afilar, parece que son buenas, alemanas, una gran desgana transparente asomándole en los ojos, como un resplandor, y ya una estrella arriba.

[67]

La Casa de Campo

Podremos ir a la Casa de Campo. Siempre preguntando dónde está la casa, que no se ve, no hay más que árboles, y ahora la verás. La Casa de Campo, un jardín muy grande, donde no entran más que el Rey y su familia. Hay que ir a recoger la tarjeta. Plaza de la Armería, media mañana, después de la parada. Una oficina en los soportales, zureo de palomos, algunos alabarderos tan altos, tan bigotudos, que dan miedo, no habrá de esos en la Casa de Campo. La tarjeta, por fin, tanto tiempo suspirando por ella, sobre todo Elisa, que la tenían las de Serafín, y nosotros, pues no sé por qué no la vamos a tener nosotros, y qué habrá dentro de la Casa de Campo. La tarjeta, un cartón morado, el escudo de España en medio y arriba, y para el titular y tres personas más, pero nunca preguntan por el titular, que es el que pone allí. Y luego, en [68] la esquina de la calle Bailén, comienzan los desencantos. La

tarjeta vale solamente para ese año, y como ya estamos en mayo, y qué mala suerte, hemos perdido la mitad. Y además, por la espalda, está llena de prohibiciones: no pescar, no cazar, no cortar ramas, no poner lazos, no bañarse, no encender fuego, no... no... Bueno, que no a todo. Debe ser una casa muy rara. Solamente se puede pasear por los paseos, y ¿por dónde, si no? Aquella misma mañana, las de Serafín sabían que teníamos tarjeta, y, claro, sí, a las tres, si queréis venir, como sois tantas y con la tarjeta no entran más que cuatro... De aquí vamos dos, pero a lo mejor los guardas no dicen nada, y conformes, y hasta luego, el teléfono sin acabar de colgarse.

Tres de la tarde, paso vivaz, Virgen del Puerto abajo. Primera desilusión: en la puerta no nos piden la tarjeta, Elisa deseando enseñarla, claro, como os conocen a vosotras, pero si se les ocurre contarnos, somos dos más, y una de las otras dice que no es eso, es que no vendrá nadie de la familia real, porque si no, la pedirían. Y discuten muy enteradas de dónde va el Rey, y por dónde no va, y si tiene un caballo negro o marrón, o si lo más seguro es que vaya en un Hispano.

Una vez dentro, se pasaba junto a una fuentecilla, y ya: el bosque. Una frescura recogida, viento húmedo, árboles altos, profundos, de una seriedad enmudecida. De vez en cuando, el trote de un caballo, y, pronto, veníos aquí, refugiándonos en los [69] senderos laterales. La tapia del reservado se volcaba en enredaderas, dejando ver a trozos su misterio. Reservado, palabra mágica, un escondite alegre donde los pájaros eran más libres y constantes, ansia temerosa de entrar y no pedirlo nunca. Y un ruido de agua por todas partes, un prodigio al borde de las casas, del barullo, increíble viaje al silencio, un tren a lo lejos, agua susurrante, deslumbradora mudanza de la calle en selva dócil, innumerablemente adornada. Y el estanque grande, una soledad de cielo, envidiable ternura soleada, sin barcas, sin gente, una repentina transparencia entre los árboles, desnuda claridad, sí, aquel paseo largo al hilo del estanque.

Muchas veces veíamos pasar por allí a las infantas a pie, vestidas de marrón oscuro, sería costumbre, y las de Serafín se asombraban, y hay que ver, no llevan joyas, van a cuerpo gentil, nadie las supondría así. Y qué deprisa van siempre. Saludaban rápidamente al cruzarse con alguien, y nosotros corríamos al sitio por donde sabíamos que iban a pasar. Y el Rey iba a caballo alguna vez, fuera de los paseos, con otro señor viejo, debía haber varios reyes, porque a todos decían que era él, y nunca era el mismo, y qué lata dais con el rey, y los infantes pasaban en un auto, y discutir si son o no son, y quién va a ser si no, en la tarjeta se prohíbe entrar autos y perros, y dale, y todo lo queréis saber. Y la tarde se iba, deslizándose, creciente humedad, derramándose la sombra entre los árboles, difícilmente sostenida ya y fría. [70]

La Casa de Campo era el paseo más socorrido. Hace sol: a la Casa de Campo. Han venido unos primos de fuera: a la Casa de Campo. Alguno está convaleciente de algo: a merendar a la Casa de Campo. Y siempre la tortura de la tarjeta prohibidora: no se cortan ramas, no se andará por el monte, no... Y a la salida había que enseñar al guarda de la puerta los paquetes o bolsas, para demostrar que no se habían pescado peces en el lago, ni atrapado conejos en el monte. Por eso las vacilaciones al acercarnos a la puerta aquella tarde en que los primos habían cogido dos peces grandes, rojos, en el caz del desagüe. Revolvieron el agua con las manos fuertemente, y los peces, una estupidez brillante y rosa,

se quedaron medio dormidos, ofreciéndose bobos. Iban en un pañuelo, en el bolsillo del pantalón, y el guarda no hacía más que mirarnos, y debía de notar que algo habíamos hecho. Salimos casi corriendo, recelosos, convencidos de que nos llamaban, escalofríos de calabozo, de tarjeta quitada por incumplimiento, robar al Rey, qué enorme desdicha. Ya no más alcanzar la Casa de Vacas en la tarde olorosa de tomillo y de retama, ni subir a hacer un columpio a los árboles de la Torrecilla, junto a la ermita donde hay agua, ni el sol bueno en el pinar de las Siete Hermanas, y todo porque estos palurdos se encapricharon de un pez, valiente cosa. Todo lo peor, gravedad inasible y doliente, habrían podido quitarnos la tarjeta, y ahondándose la pena cuando notamos al subir al tranvía que, con el trajín de los [71] peces y de la carrera la habíamos perdido, y quién va ahora a casa, creerán que nos la han quitado, y qué haremos, y volver, inútil paso, y ya no tiene remedio. No, la nueva tarjeta no tuvo el especial encanto de la primera, cuando la Casa de Campo era un azar poblado de princesas, una luz desvaída, la fatiga esperando el tranvía en el puente, o verja del Campo del Moro adelante, la boca oscura del túnel bajo la calle, con su reja tan fuerte, un viento generoso en las copas, y cansancio, y no tocar en ningún sitio, prohibido pescar, prohibido poner lazos, prohibido coger flores, todo prohibido, un sobresalto agudo cada carrera por el muro del lago, tan luminoso en la tarde, y los hondos caminos de sombra, nunca agotados, nunca perseguidos hasta el desenlace, un inquieto temor impidiéndolo, y el invisible estallido de tibieza en la puerta, junto al río ya, y siempre regresando.

[72] [73]

#### Alucinación

Debía de ser en las tardes invernizas, de lluvia o de nieve, cuando no se puede salir de paseo. Los chicos teníamos envernera, estábamos alborotados y guerreros por el encierro, y eran entonces una y otra vez los inútiles regaños, los pescozones, el vano contentar con pasajeros caprichos. Los libros raros, los disfraces inesperados, el tren hecho con las sillas del recibimiento, pasillo adelante, todo se gastaba y consumía entre gritos obstinados. Era, ya cercana la noche, el momento en que salían el Coco o Camuñas, para imponer silencio con su fiero prestigio. Primero eran unos golpes, como de nudillos, en puertas y paredes, un vago resonar de quejidos, de sillas empujadas con fuerza. Rugidos, gritos extraños. Nos acogemos todos contra Dorotea, al otro lado de la camilla, contra el balcón, y miramos desorbitados [74] la prueba, oímos los golpes cada vez más cercanos, esperando la aparición horrorosa, y, la carne de gallina, prometemos callar, obedecer, lo que haga falta. Los terrores se aumentan cuando la puerta se entreabre, quién será, dile que se vaya, y el ruido se acerca, ya se ve un trozo de brazo envuelto en una ropa blanca, que se vaya, viene por nosotros, que se vaya, y sale más, y más, que se vaya, otro paso y se queda en la puerta el fantasma de blanco, rugiente, será una sábana, algo que suena tremendo debajo, y que se vaya, que se vaya, grito pertinaz detrás de las lágrimas y nervios, ciegos ya, insensibles, rígidos de miedo, caudalosamente llorando y sin consuelo.

Venían después unos ratos de sosiego sobresaltado, esperando que llegue alguien. Se oyen bien los susurros de la escalera, del patio. Imposible moverse del rincón de la camilla, increíble la existencia de otros cuartos, la loca posibilidad de cruzar un pasillo a oscuras y cantando. No, ni cenar siquiera, hipo bullente, ojos irritados, y el recelo a cada instante, un frío a la espalda, un mirad si está todavía que se estrella una y otra vez contra el reír de Elisa, y su ¡claro que está!, para que escarmienten, y a dormir.

Y ya viene la gran mentira del sueño, de la cama punzante. Se van apagando todas las luces, los ojos por instantes más abiertos, disimulando. El tic-tac del reloj del comedor la sola compañía, cuándo dará las horas, cuándo otra más, no puedo [75] [76] estirar las piernas sobre las sábanas heladas, estoy sudando, qué pasa por ahí, y quién, la puerta, la puerta, está ahí, se va acercando. Oigo el andar de ese fantasma blanco, una angustia que viene del estómago, sube, sube, aprieta la garganta, revienta en los oídos. Silencio. Está ahí, pero no, son los barrotes de la cama, una cortina, quizá mi misma ropa, y se mueve y se adelanta, extiende una mano hacia mí, no, no, dejadme, que se vaya, y el anhelo del día, el reloj, no oigo el reloj, se habrá parado, y vuelve, no, no se va, está dando vueltas allí, ahora estará debajo del armario, oigo el crujir de la madera, prometo todo, el visillo de la ventana se ha movido, y yo prometo todo y no viene nadie, no sé si la luz está encendida o apagada, hay un bullente calofrío en mi piel, pateo, lloriqueo, inútil el diálogo, él está ahí, le adivino la cabeza bajo el manto blanco, y un ruido, no, no me digas que es la cama que suena, no, es su voz, su ruido, ese barullo fuerte, de motor, de tos, de algo que no sé. Él. ¿Qué hacéis ahí vosotros? Es de noche, nunca venís a mi cuarto de noche. Cuando os vayáis ahora volverá, sé yo que está escondido por ahí, ¿es que no lo veis?, yo sí, yo lo veo, miradlo ahí. Ahora no va con eso blanco de antes, sino que se parece a don Juan el médico, con su barba y todo, si me está hablando, y además... Intervalos de silencio, fatiga, piernas rígidas, ojos cerrados que ven, y otra vez el sobresalto, el ruido que se acerca, y un llanto caliente profundo que acaba por dormir. [77]

[75]

Mi padre me animó a vencer los terrores. Era muy sencillo. Según él, todos los fantasmas eran cobardes: bastaba que yo no huyese, que les hiciese algo de cara, golpéale con algo si es menester, y sobre todo, fuerte, da fuerte. Si ves que lleva las manos extendidas, dale en ellas con algo, quizá no resulte tan fantasma. Así me fui dando cuenta de que a veces Camuñas surgía sin aviso, sin que hubiese habido antes el estado forzoso de amenaza o de escándalo, cuando no habíamos sido todavía malos. Media tarde, campanas de San Andrés y de San Francisco que llaman a algo, el chirriar del tranvía que se entra poderoso por la casa, y ya está aquí la zozobra, la carne de gallina, el rugido en el pasillo, las sillas golpeadas, nuestras carreras al rincón de la camilla y el balcón, y el sigiloso abrirse de la puerta, no poder huir ya más, la angustia en la garganta, en los oídos, ya viene otra vez, y un irse y volver porque no lloremos (a los nudillos, a la mano, da fuerte, no tengas miedo, quizá no sea tan fantasma, el caso es que no huyas), y otra vez el ruido junto al recibimiento. Nos acercamos a la puerta, cobardemente valerosos, y cuando se entreabre se le ve cubierto con su túnica de siempre, blanca, la cabeza se adivina, las manos tendidas hacia adelante. Ya se le ha visto de cerca, ya se le tiene menos miedo. Es entonces cuando pretende entrar y Paco tira de la puerta muy fuerte y de prisa, un revuelo de trapos y medias risas, lamentos, y hay una mano agarrada por la puerta y yo [78] la golpeo frenético con una regla (dale fuerte en las manos, quizá no sea lo que te piensas), el fantasma que habla, grita, dice cosas que nadie quiere entender, acaba por llorar, se parece a Elisa, y cuando se abre la puerta del todo allí está Elisa despeinada, gimoteando, acariciándose los cardenales de la mano y la horrible huella del brazo oprimido por la puerta casi sangrando, la sábana en que se envolvía pisoteada, y nuestro miedo hecho claridad repentina y deslumbrante,

Elisa llorando y la carraca que llevaba en la otra mano, eso era lo que hacía ruido, rota de los ciegos esfuerzos por soltarse, y más lloros y quién lo diría, tanto miedo por esta boba, y -¿aun? ¿antes? ¿luego? ¿ya enferma?- mi madre sonriendo, y qué chicos éstos, Dios mío, y te está bien empleado, y la alegría total, definitiva, de la cama caliente y la noche silenciosa, el inmenso gozo de sentirse contento y atrevido, el corazón tranquilo ya, ordenadamente y palpitando.

[79]

De visita

Siempre que vamos a casa de la tía Plácida, nos vence el contento. Es la tarde del jueves, no hay clase, o la del sábado, no hay que madrugar mañana. La tía Plácida nos espera muy preparada, después de varias llamadas por teléfono, siempre ha habido un catarro, una jaqueca, visita de inesperados amigos, pero al fin llega la llamada definitiva: nos espera. Vamos a su casa. Esas manos, no toques las paredes, es que no veías ese charco. Hay que entrar en casa de la tía Plácida como si nos acabaran de fabricar, bien planchado y cepilladito. Ella se fijará en todo, y además dirá en seguida: no me gusta cómo lleva este niño los pantalones, o bien: hijos, qué manos os habéis puesto. Da igual que toquemos o no las paredes, acabará por decirlo, y nos llevará a lavarnos, contenta, jugando ella también.

[80]

La tía Plácida vive frente al Museo. Casa nueva, un gran piso, bastante caro, pero vecindad muy buena, y qué le voy a hacer, la comodidad, a mis años no debo pasar frío, y luego es tan céntrico. Cuando llegamos, el portero de gran uniforme azul nos saluda medio quitándose la gorra, nos dice señoritos y nos mete en el ascensor a empujones amables. El ascensor se pone en marcha, una jaula con algunos espejos, Paco dice una palabra contra el portero, lo encuentra muy bruto, y regaña con Elisa, que le encuentra muy distinguido. A mí me impone vagamente respeto. Ya está la tía en el descansillo. Palabras, saludos, a mí no me dice nada, pero noto su mano cerca, con una caricia cuidadosa, y su pregunta inevitable: Bueno, ¿y tu padre?, y no espera a que contestemos, ya debe de saber que vendrá luego a buscarnos. Una vez dentro, un turbio olor a naftalina, a desinfectante, mezclado con olores de dulces, natillas, vainillas, algo de hojaldre, un suave humo de azúcar derretido, de perfumes inútiles, de ropa guardada, olor a encierro y a confitería. Una pena andar por los suelos brillantes, criadas sigilosas que aparecen, ponen de pie lo que hemos volcado o torcido y se esconden como orilla fría y en zig-zag. La tarde se va despacito, despacito y sin cansar nunca, oyendo inacabablemente a la tía preguntar, hablar, explicar sus cosas y sus trastos. Se merienda en la salita, no se debe entrar en las otras habitaciones, todos los muebles enfundados en blanco y rojo, espejos enormes de marco dorado cubiertos [81] con una gasa, igual que las lámparas, una duermevela oscura y difícil de la casa, entre sabor a picatostes, a bollos diferentes, sorpresa de cada visita, y el runruneo de la caja de música, con caracolas, ricordo de Sorrento, 1890, Santa Lucía una y otra vez, y otra, un volcán y un puerto en los costados.

Maravilla prolongada, las tardes interminables de la tía Plácida, con sus meriendas exquisitas donde éramos verdaderos reyes, y donde como premio se nos entreabrían habitaciones, una cada vez. La biblioteca del tío, está como él la dejó, ni siquiera he limpiado el tintero, y mirábamos la escribanía, un angelote gordezuelo encima de un león,

dorados, y un termómetro en el ángulo, ya sin mercurio, definitivamente helado y ausente. Los títulos del tío colgaban de la pared, Caballero Maestrante de no sé qué, y Gran Cruz de San Hermenegildo, y de la Reina Regente una gratitud especialísima, y medalla de los Sitios de Cádiz y Zaragoza, Mérito civil blanco. La tía explicaba todo muy rígida, la gargantilla puesta, amenazando-señalando con el dedo a cada cosa que decía. La vitrina con el uniforme del tío, el último que se hizo, Coronel de la Escolta Real, lo estrenó cuando la boda del Rey, lo más galán que vi. Y su retrato, muy tieso, sin saber dónde poner los guantes, qué bizarro está, algo delgado, pero era así, lo pintó Casas en Santander. La sala de recibir, con cuadros viejos, un dragón que es el infierno, abajo, y Nuestra Señora con el Niño en lo alto, y mucha gente bajo su manto azul y blanco, los bienaventurados, [82] y el Niño que tiende la mano a una mujer, en el fuego hasta la cintura, y un velador de cañas en medio, y una comodita de lacas japonesas, y una escultura de mármol en un rincón, me la regaló mi cuñada cuando me casé, es horrorosa, pero tengo que dejarla ahí, no hay otro remedio, y una vitrina con abanicos, marfiles, rosarios de Tierra Santa, miniaturas del Retiro. Una cajita de madera y dentro un ramito de azahar, que siempre la tía toca y mira, levantándole, sonrío y le guarda de nuevo con mimo. Un ramo de flores siempre frescas. Su alcoba, muchas fotografías, un armario grandísimo (todas las noches miro si hay alguien escondido dentro) y sus estuches con medallas de la Virgen de la Montaña y de Rocamador, de Monserrat y del Buen Suceso, y el escapulario de Nuestra Señora de los Llanos y del Santísimo Cristo de la Agonía, y una imagen vestida, una Virgen con mucho pelo (¿de qué os reís?), encima de la cómoda, y siempre nos daba alguna estampa, medalla o reliquia, unguidas de milagro, de mil recomendaciones calurosas. El cuarto aquel del pasillo, lleno de santos, viejos y nuevos, y de grandes cuadros ennegrecidos, casi nunca se entraba, podríais romper algo, no me preguntéis más qué hay dentro. Y los largos pasillos, y la cocina, y el baño, un cuarto lleno de tubos y de grifos, algo muy raro y complicado, entre pescadería y hospital, donde la tía se encontraba particularmente dichosa y oronda. Y aquel sucederse de dulces, golosinas, yemas, bollos, caramelos, [83] chocolate, algún juguete, una lluvia de felicidades, mientras la noche se iba entrando y las pantallas rojas o verdes hacían más fría y pequeña la enorme casa de la tía sola, intimidad casi celeste, inevitablemente inmóvil.

Ya anocheado, todos los días llegaba Agustín, el cochero, ligero sofoco y buenas noches, señora, y qué manda la señora, y siempre: No, gracias, Agustín, vete a descansar, y cuando Agustín, grandes patillas, ya encorvado, unas narices descomunales, se iba, la tía hablaba de cuando ella tenía un tronco inglés, que ya no se llevan, ni tengo landó, pero este Agustín, tan bueno, todas las noches viniendo, fiel. Y a nosotros nos asombraba este tener un cochero sin coche, fantasma vano, apenas sin aliento.

Sí; siempre hay algo vacío en la casa de la tía, algo como un clamor repentinamente disipado, luz incompleta, mutilación imprecisa en la que sobresalen sus gestos amplios de mandato, delicadamente relegados al pastel especial de aquella tarde, y su cara suave y rugosa sobre la gargantilla negra. La casa de la tía Plácida, siempre llena de un olor extraño, confitería, iglesia, naftalina, donde se estaba bien y siempre había algo cerrado, tangible y, sin embargo, desesperadamente distante. Veo a la tía en lo alto del descansillo, diciendo adiós con su pañuelito blanco, el ascensor subiendo, súbita y fugaz claridad al pasar junto a ella, no os soltéis de la mano, el portero que ya saluda, Paco que tiene [84] ganas de decir alguna barbaridad, de dar saltos, el recuento de regalos, todos discutiendo alto, Elisa suficiente, qué te ha dado, a ver, enséñalo, y no os habéis dado cuenta de aquella

foto que había en la mesa del tío, era la mujer con que vivía cuando se murió, el tío tenía dos mujeres, y a ver qué te ha dado a ti, y hace frío, siempre hace frío al pasar frente al Museo, ha encendido el balcón, saldrá a vernos cruzar, y aprieto mi moneda de oro con fuerza, hasta el límite del daño, y qué suerte, una moneda de oro, y no quiero cambiarla, no, ni ese abanico antiguo, ni ese libro de viajes, no, mi napoleón de oro (no se lo vayas a dar a tus hermanos), y hay que ver, vaya regalo, qué le has hecho, y aprieto más, admiración creciente, y ya la casa no se ve, y el balcón se queda otra vez vacío en la memoria, desierto dilatándose, la moneda en mi mano ansiosa, y la tía estará ya peinándose, quizá cantando, sola en su cuarto tan grande.

[85]

### Escapada

Disgustillo, una tozudez cualquiera, imposible la reconstitución ya, probablemente un frío repentino, un vago desaliento. No sé. El caso es que me escapé. Me sentí mal de pronto, incómodo, rodeado de vacío. Y me marché. Con el propósito de no volver, como siempre en estos casos. Preparé con solemnidad mi huida, arreglando mi equipaje ante la vista de los demás. «Un cachete, mamá, un cachete ahora y todo arreglado», decía Elisa, y Paco, más en mi lado: ¿dónde vas a ir sin dinero?, y los mayores: «Déjalo, ya veremos si se atreve», como si pensarán que, al llegar a la puerta, me iba a volver. En una bolsa de tela puse, escogiéndolos, unos calcetines y un pañuelo, y el metro metálico que se cerraba a manivela, regalo de Miguel. Y a la calle. [86]

Portazo, despreocupación mía, amenazas dentro. Lo cierto es que bajé muy de prisa y me perdieron el rastro. Anduve sin vacilaciones y me encontré sentado en Las Vistillas, en el suelo al borde del terraplén, media mañana, con mi bolsa entre las manos. Luz, una claridad que aún llega profunda, una transparencia total. Ni cuidado del regreso, ni norma alguna, ni mandato. Soledad, libre usufructo del cielo, patadas al aire, el porvenir a la deriva, la bolsa en las manos y la casa muy lejos. Durante mucho tiempo subí y bajé a rastras por las cuestas, hasta romperme el pantalón. Fui después por el Viaducto, mirando todas las cosas despacito, deteniéndome a cada paso. Un charlatán a la salida, junto a la calle Mayor. Primera fila. Peines, despertadores: unos polvos dentífricos, pasta rosa con agua turbia que saca de una botella, elixir de virtudes prodigiosas. En primera fila, sin moverme. He sacado varias veces la suerte, él rifa despertadores, y yo corto una baraja, y miro, y oigo otra vez vaya reloj, y la caries, señores, la caries es el gran mal de la Humanidad, pero con este dentífrico... Y el chirrido del tranvía, sol, ahí cerca se oye el ciego de todos los días, y otra vez los peines, y la pasta de dientes, invento alemán extraordinario, está redimiendo a los pueblos de los estragos causados por la última contienda, o séase la guerra...

Rumbo incierto nuevamente. En Palacio relevan los puestos de la guardia. Me pego al grupo de chiquillos que sigue al piquete, inútil intento descifrar [87] las palabras oscuras que se dicen los soldados, muy serios, el fusil en las narices. De un tranvía con jardinera salen gritos y cantos, será una boda que va a la Bombilla. Están regando el gran redondel de flores en el jardinillo de la calle Bailén, una apacible lluvia desprendida del arco de agua que lanza la manguera, olor a tierra humedecida, a césped tibio, un impreciso anhelo de revolcarse en él, dejarse mojar, una remotísima pradera que se adueña, veloz, del ansia y



doy una carrera sin objeto, saltos, auto ahora, moto, quizá avión, luego caballo. Un ratito de quietud, imposible entender el reloj de Palacio, una sola manilla. Quizá sea hora de comer, hambre, lo que se dice hambre, ¿cómo será el hambre? Pero no se puede volver. Y en la bolsa, solamente unos calcetines, un pañuelo (ahora me doy cuenta de que quizá no sea mío el pañuelo) y el metro. Pude meter algo de comer, pero, claro, salí tan deprisa, se creían que no me iba a ir, pues ya lo ven, y más saltos y carreras, y ahora están regando la calle, gracioso ver el tranvía reflejado en el asfalto, el arco iris bajo el chorro, el quejido largo de una grúa en la Almudena, una solapada sensación de aburrimiento, de negativa soberbia ante la idea cobarde (¿quién me está hablando?) de volver a casa, y disgusto por esta bolsa sin pan, ya me está cansando.

El hombre del cartelón está donde todas las mañanas, en los jardinillos de la Plaza de Oriente. Qué bien, estarse escuchando todo el crimen, sin [88] oír detrás a Elisa, que tiene miedo, su vámonos, ya está bien, es tarde, pero ¿no te cansas?, todo esto es mentira. Lástima que no tengo dinero para comprar algo ahí, en la vieja de la esquina; me gustaría comer alguna cosa, una ensaimada, quizá mordisquear un trozo de palo luz o chichingú. Me acerco al puestecillo y veo las chufas en seco, arrugadas como pasas, y tan tersas y brillantes las en agua, alguna barba aquí y allá, una dureza deliciosa, y los altramuces amarillos, relucientes, la uña blanquinosa, vago sabor a sal, y los torraos, casi me da sed, y los adoquines, los chupones, ay qué pirulí, las flores de maíz, y corrusco los dientes inservibles, debo tener cara de idiota, y, milagro tranquilo y enteramente dorado, como una cosecha brotando en las venas, esas chepas macizas de los cacahueses, tan sólo diez céntimos (¿dónde vas sin dinero?), no los compraría ya pelados, que son más caros, sino de los otros con cáscara, crujidores, algo de brisa nocturna en el ruido al romperse, pero esta bolsa, unos calcetines, un pañuelo y el metro, que no es de comer, qué cabeza la mía, ahora no debo volver, y, aunque vuelva, a lo mejor no me han guardado la comida. El hombre del cartelón sigue explicando, puntero en alto, parándolo sobre los cuadritos. Ahí está el asesino, con sus sacos de dinero en las ensangrentadas manos, observen cómo mira receloso por la rendija de la puerta. Dentro queda la vieja avarienta, degollada en su mísero catre, y ahora va a venir la criada, no respondo de que hombre de tales [89] intenciones... Y una mujer del corro ¡tonta! quiere avisarla para que huya, y el hombre le dice que a ver si se calla, que para algo está él allí, y que no tiene remedio, y que no se preocupe, que la criada está implicada en el crimen, y menuda es, y la que se va a armar, y el criminal fue malo siempre, ya de pequeño se escapaba de su casa, y yo creo que, al decir esto, me está mirando a mí, y estoy aterido, quizá temblando, como si la bolsa del metro aumentara de peso, llena de dinero como las del cartel, zozobra en crecimiento, entre dos guardias civiles ya, no sé si seré yo y no él, algo se me atropella en la boca, un suspiro, un hielo, el espanto de que resulta ahora que también se dormía en casa, la cama, un río seco y feliz: el sueño, una llanura creciente, sin orillas, y volver, ya no me acongoja la idea, volver sin asperezas, envidia de los demás que han comido, un silencio ávido cuando Miguel me coge, violento, por un brazo, ¿dónde te has metido?, y, ya emparejados, no oír el verás cuando lleguemos, qué disgusto, la que te espera, todos buscándote, pareces un golfillo, dame esa bolsa a ver qué demonio llevas, la voz orlándose de gozo como la tarde de noche, luces ya, en las puertas gente que dice boba ah, ¿ya apareció el barbián?, y un capón que otro, y el olor de la cena en la escalera, un calorcillo bueno, como un reconocerse, todos encima y gritando, y sí, claro, sí, pero después de comer ya regañaremos.

[90] [91]

Tarde de cine

Las tardes de cine, invierno adentro, ansiedad alargándose, si tendremos sitio, hoy no está numerada, y la lluvia cayendo menuda y terca sobre la cola, los gritos de los vendedores: Blanco y Negro, Nuevo Mundo, para entretenerse en los descansos, Blanco y Negro, Mundo Gráfico, o cajas de golosinas. Paco siempre protesta y gruñe porque alguien se cuele cuando ya va a llegar él a la taquilla, yo espero un poco abobado donde me dijo no te muevas, no te salgas, cuidado con los coches, y aprieto cuidadosamente el paquetito de la merienda, no te lo vaya a quitar algún chico, no lo pierdas, y miro las fotografías de la película, una mujer con dos grandes círculos negros en los ojos, el pelo como un chico, mirando suplicante a un hombre muy gordo que la amenaza con una silla en alto, será el malo, o a lo mejor es ella, vaya usted a saber, yo [92] nunca me entero bien. O un joven, es Polo, ¡Polo!, con una pistola en la mano, acaba de disparar y se están muriendo cuatro o cinco en un bar, uno tira la mesa al caer, y Polo no sabe que por su espalda le acecha un hombre, será de la banda, preparado para amordazarle, a lo mejor se acaba la película ahí, y tenemos que volver al otro jueves para ver cómo se libra, porque es seguro que Polo se libra. Ya tiene Paco las entradas, unos papelitos azules, vamos pronto, no está numerada, no nos toque columna, y corremos, un rato de achuchones mientras abren la puerta, gritos, palabros de esos que no se pueden decir en casa. Cuando el acomodador aparece para recorrer el cierre, un gran griterío se levanta repentino y se calma en seguida, sustituido por un jadear anhelante por entrar. Olor del cine, polvo fino y sin matices, carraspera, olor de cuero y de sudor, de ropa mojada y frío, y la luz tamizada por las altas arañas del techo y las tulipas de los lados, tan rizaditas y con bordes de colorines, y la lucecita roja que brilla constante encima de la puerta: Bar, W. C. Caballeros, Salida de urgencia. Patatas fritas, avellanas tostadas y acarameladas, pregón que va y viene incesante por el pasillo, chaqueta blanca y cesta al hombro, y, ya instalados, reconocer las caras de otras tardes, Paco en el vestíbulo fumando un cigarrillo con mucha soltura, ya es mayor, pero: ojo no digas nada en casa, o leyendo una revista Muchas gracias, que trae mujeres medio vestidas dentro [93] y unos chistes que les hacen mucha gracia, y yo guardando valientemente el asiento en primera fila sobre la barandilla del anfiteatro, aún no es gallinero, no te vayas a creer, otro día iremos y con lo que nos sobre podremos comprar alguna cosa, y yo no quiero que compremos revistas de esas que no me dejan ver, ni tabaco, sino algo mejor, o ir a ver el final de Los misterios de la selva, que no lo hemos podido ver, estuve con gripe el día que lo echaron.

Van a empezar. Sinfonía, dice el programa, lo primero. Acuden los músicos a la cabecera de la sala, bajo la pantalla, en una covacha con un piano y unos cuantos instrumentos más. Tardan en empezar, los chicos pateamos a compás, crece el polvo de la madera, silbidos, apenas se adivina caramelos y patatas fritas, bombón helado, avellanas acarameladas, y los músicos van a comenzar. Una orilla de silencio se ciñe sobre todo, y dicen los chicos que es el pasodoble de Las Corsarias, y otros que no es eso, y que si de Todo el año es Carnaval, o de La Gran Vía, y discuten, la gente nos mira rencorosa, y no se oye más que chistar, y toses, y pies arrastrándose por los pasillos, y la gente del patio está muy seria, oyendo la orquesta con los ojos cerrados y la mano en la sien, moviendo la punta del zapato, parecen dormidos sin cabecear. Acaban los músicos y hay unos aplausos muy flojitos, tocan otra vez, y más discusiones por qué será, y, anda, que no dan lata, la película,

ya podían empezar, se ha pasado [94] la hora, y más sifones, y gruñidos porque pasa por delante un chico con el impermeable chorreando y nos moja un poco, y ya te has podido secar, y palabros. Va a empezar. Se enciende a la derecha del telón una luna con estrellas, muy coloraditas sobre fondo azul, es que se va a hacer de noche, y los chicos aplauden, gritan, ya está ahí Faty, sudando, gordísimo, intentando entrar en un automóvil muy pequeño, no cabe, todas las figuras se mueven rápidamente, gesticulan, levantan los brazos muy deprisa, los vuelven a bajar, se tocan la cabeza con horror, se ponen en jarras y luego sonrían, y se empujan, un inútil luchar contra la velocidad de movimientos, ni incorporarse al acaecer siempre en ruina, en desolación, y todos se retuercen de risa, súbito reposo: un cartel. Alguien lo lee en voz alta. Y otra vez la mujer que tira de Faty por los pantalones, por el faldón de la chaqueta, le va desnudando poco a poco, y no hay manera, él encajado en el auto pequeñito, que ya ha perdido las ruedas, luego las aletas, ya se cae el motor y Faty ajustadito en la puerta ni para dentro ni para afuera, y llega un león, la mujer levanta los brazos varias veces, los baja otras tantas, huye, y Faty y el león, más desnudez de Faty, el león le come los pantalones, medio calzoncillo, la gente se vuelve loca a carcajadas, todo tiembla, un polvo infinito, no se oyen los letreros, Faty ya sólo vestido con la puerta del auto, y sustos, el león detrás y risas, y si será o no truco, Faty sudando, letrero, sudando, ese vago disfrute de la película [95] cómica en dos partes, algo que se mueve loco en la profunda noche remota de la sala, amanecida inesperadamente, a la izquierda del telón se enciende un sol también rojo, mientras en la pantalla se lee FIN, un ¡ah! contento y largo, insatisfecho.

Descanso. Baja el telón, jugamos a encontrar palabras en los anuncios. Empieza con m, termina con o. Mano, ministerio, mercurio. No, no. Sí, mercurio, Termómetros de mercurio y alcohol, Conde de Romanones, 13, La Previsora. No, no es mercurio. Molino, no. Melanio, Ultramarinos y Coloniales, tampoco. Vencido, me doy: Mocito. Trajes y zapatos para mocito, La Económica, Magdalena, 38... Todo el telón, los horribles monigotes, estufas y salamandras, Peluquería de señoras, Ropa interior Los Pirineos, Grandes Almacenes El Sol, y bebidas El Anciano, Rey de los vinos; Novios, comprad vuestros muebles en La Eficaz, Atocha, 115, y Piel y secretas, consultorio médico de tres a cinco. Bodas y banquetes frente a la Catedral. Un asomarse al mundo de las personas mayores, buscar calles, recordar la esquina donde un día nos llovió o donde vimos un atropello, leer una vez y otra todos los anuncios del telón, El Martillo, almacén de ferretería, loza y cristal, expectación disimulada de la gran película en episodios, mordisqueando el bocadillo de casa, mientras abajo suena, nadie la escucha, la orquesta con su voz mojada, definitivamente entristecida, conversaciones, murmullos, caramelos de limón y menta, avellanas tostadas y acarameladas, será un [96] cuplé de Raquel Meller, terminan y nadie aplaude, y se apaga la luz verdecita del piano, desamparo absoluto, es una tierra sorda el golpe de la tapa en el teclado.

La cinta grande, episodio XV, El poder de las tinieblas, un rayo que al bueno, enmascarado siempre (hasta el último día, el de la boda y el triunfo, no le veremos la cara), le brota del dedo índice y derriba tabiques, hunde acorazados, abate aviones, y siempre llega a tiempo: cuando iban a envenenar a su novia, y rompe el vaso; cuando nuevamente apresada por los malos le roban su pulsera-estuche donde guardaba los planos de la isla y sus tesoros, y fulmina al ladrón... La gracia alborotada y suspirosamente muda de Max Linder, de Mary Pickford, de Chiquilín, los saltos enormes de Ricardito, la valentía de Polo

o Duncan, el pasmo de Pamplinas o Harold. Los dos pilletes, Los misterios de París, Landrú, Sin familia, la película larga con su previo ribete de risas y de carreras de caballos o de autos, de inundaciones en Aranjuez, del Rey jugando al tenis o poniendo primeras piedras, un trasfondo de música, vals, tango, el tango nuevo que cuando viene Elisa (entonces vamos abajo) le hace llorar, vaho de tarde lluviosa, veinte céntimos la localidad, cuarenta si es numerada, y la Novela de Cine en la puerta, una foto-arte-álbum en cada número, Pola Negri o Francesca Bertini, Douglas Fairbanks o Lon Chaney, y cambiar películas sueltas (una cabeza, un fondo, una escena) en los pasillos, y a ver si [97] dices que he fumado, y nadie quiere llevarse a casa Muchas gracias, revista picaresca, presunciones para el episodio próximo, cómo buscar el dinero, una larga tristeza muriéndose en lo oscuro, el frío de la salida, ¡La Voz y El Heraldito con la lista de la lotería!, horas de cine enterradas en su propio sucederse, acabadamente negro y dilatándose.

[98] [99]

La verbena

Agosto arriba era la verbena. Durante muchos días se la esperaba, misterio creciente, alegría dispersa por el aire: la verbena. Las tiendas pintaban las puertas, arreglaban los letreros, hacían nueva propaganda, daban regalitos por más de cada cinco pesetas de gasto, y había rifas en combinación con la lotería nacional, y unas señoras muy tiesas, enlutadas, algunas con impertinentes, venían a casa a pedir para los pobres del distrito. La Virgen de la Paloma, en el cenit de agosto, botijeros en la calle, pregón de melones, un zumbido oscuro de invisibles tábanos, calor, una brisa refrescante en el nombre: la verbena. Días antes de la llegada oficial, se poblaban las calles cercanas de montones de maderos, fieras mutiladas, hierros dorados, un confuso caos del que poco a poco iban saliendo, creación [100] repetida, los contornos de las múltiples máquinas de diversión. Allí estaban los caballitos grandes a motor, (una verdadera locomotora), y los pequeños, movidos por los muchachuelos, y los medianos, que arrastraba una mula tuerta y delgadísima. Del vagón de ruedas salían los caballos de madera, todos tascando el freno, pintados de colores o con lunares sobre blanco, sus cuatro patas al aire, esos cascos que nunca llegan al suelo, una nostalgia de trote deteniéndose, una distancia de soberbia doblegada y dócil a la mano. Embobamiento total, la pianola del tío-vivo grande, un armatoste eléctrico con muñecos que bailan y tocan algún instrumento, un sonido ya lejano en un sur inalcanzable, no sé si órgano o piano o hierros golpeando, sonar de esa pianola y no otra, el hombrecillo una pierna atrás y adelante, la cabeza medio girando y un palito que sacude un triángulo, impasible la figurita y repitiéndose, mientras pasan una vez y otra los caballitos subiendo y bajando, los cerdos que van balanceándose, y los bancos, una estirada curva de cisne con niños acompañados de mayores, espejos que brillan con el giro, repetido destello, y la figura insistiendo en sus gestos, y la campana grande que anuncia el viaje o la parada, un ligero penacho de humo en la cima, misterio increíble de la máquina. Y el organillo de los pequeños, los caballitos pequeños y baratos, que podíamos tocar a cambio de un viajecito, y el empujarlos, que no se enteren en casa, envuelto en un montón de críos insaciables, la caricia suavísima del [101] aire cuando, entre empujón y empujón, me siento en marcha sobre el suelo, los pies colgando fuera. El carrusel, un volver ondulado y muy aprisa, y los columpios, a ver quién llega más alto, prohibido ponerse de pie, y la noria, un subir y bajar dos a dos, con unos saquitos de arena atrás, sí, como une, recogida casita azul o verde, un impreciso perfume de cenador en verano, de butacas de mimbres o de tablillas y a la

sombra, como un sueño interrumpido cuando el hombre se cuelga por detrás, junto a los sacos, y, suspensos en el aire por un momento (otra vez fugaz el huerto, una sombra buena), las detiene. Cuando al fin sujetan la barquilla con la argolla del poste, se quebranta la ilusión pasajera, y humo de churros, olor de aguardiente. A probar la fuerza. Seis pelotas diez céntimos, sabor del viaje por un río impenetrable. Con la rueda era mucho menor la intimidad, era el simple placer de contemplar los balcones del segundo muy de cerca, y abajo la gente chiquitita, absurda locura de ver el tranvía por el techo, rodeado de gentío, casi como si lo llevaran en hombros, y luego, el lento bajar: una lata. El hombre más pequeño del mundo, caballitos, calesitas, carrusel, noria, velas y vueltas, diez céntimos el viaje, alegría sin objeto durante un instante y un puntual acceso a cada giro de eso que da en la barriga, y contentándose.

Por las noches era la kermés, ahí no van los chicos. Durante todo el día había que pedir entradas para los mayores y sus amigos en los comercios: [102] que vaya el niño, yo ya he ido, y el niño que va a la tienda de sedas, y a la planchadora, y a la lechería, y a la mujer del periódico, y a la cacharrería donde compra las construcciones recortables, y en unos sitios le dan y en otros no, cómo vas a ir tú al baile. Por la noche la kermés era en el atrio de la iglesia de San Andrés y un par de plazuelas más, muy bien aisladas con vallas de madera, y yo la veía desde los balcones, solo y cabeceando, grandes gritos para el concurso de pelo largo, y el de chotis, y ahora es la tómbola, y la reina de la belleza, un sueño profundo viniendo de lejos, polvo, ruidos, pregones, y encontrarse en la cama sin saber cómo, la pianola de los caballitos entrando a raudales por el balcón, es la verbena de la Paloma, explosiones de probar la fuerza, siempre toca, ahora es de chupen, va premio, y en la duermevela extinguiéndose (cuánto ruido) percibo el jadeo del motor de los caballitos, el crac-crac de la noria, las campanas de cada cosa, el ras seco del columpio en el tablón que frena, una mujer de madera vestida de torero entre cada soporte, y parpadeo, ay si no hubiera tanto ruido, una sirena, pitos, alguien que sube por la escalera, cómo enterarme de qué hay en esa barraca sólo para hombres, qué sueño tengo, la sirena del carrusel. A probar la-. Mañana fresca, esperanza ilusionada de volver a empujar, por la tarde, los caballitos pequeños, gozo del aire en las piernas colgando, y desliziéndose.

La procesión, quince por la tarde. Los balcones [103] estaban adornados, mantones, colchas, banderas, una luz desolada de atardecer anticipándose. Regaban varias veces la calle, la enarenaban por los caballos, había guirnaldas de papeles coloreados por las calles, una expectación tranquila. Salía la procesión por las Tabernillas, los romanones primero, brillantes las corzas, asustadizos los caballos. Se oyen los pitos, el silbido de los carruseles, el rezo se perfila puro sobre un silencio extraño, repentino. La cruz alzada, los monagos charlando. Luego, las filas de devotas, carcajada total de los Tubos de la Risa, muchas mujeres con velas, estandartes en el centro de la calle, allí va doña Amalia, descalza como el año pasado, es para que se le casen las sobrinas, sí, sí, no hay quién cargue con ellas, y doña Julia, como siempre, tan cansada, tan frágil, y otra algazara de los Tubos de la Risa, no saben que pasa la procesión, deberían pararse este ratito, ahí viene Susanita, llevando el estandarte de la Hermandad del Refugio, y Julián el carnicero, con la bandera de la Cofradía de los Gremios, lleva traje nuevo, más mujeres con velas, unos cuantos niños de comunión, los seminaristas, las Hijas de María, y la Virgen ya, Nuestra Señora de la Soledad, un cuadro encima de un carromato cubierto de flores, con unos cuantos niños vestidos de angelitos encima y rodeando la imagen, y un mantón de Manila

tapa la espalda del cuadro, y luego vienen los curas revestidos y las autoridades, don Joaquín con una faja morada, es el teniente alcalde y saluda [104] a los balcones al pasar. Sigue la banda militar, un oscilar de los plumerillos rojos del ros según marcan el paso, y la carroza real, con sus caballos blancos, empenachados, y los palafreneros de peluca, vahos de incienso, flores que caen de balcones y ventanas, gente que se amontona detrás de la carroza y espanta a los caballos, de nuevo el griterío de los tiros al blanco, de los botijeros, de los dulces, garrapiñadas de Alcalá. A probar la suerte, el timbre largo e igual del destino acertado, pregón de sombreros y trompetas de papel, una sirena, humo de churros, los tranvías atascados que se ponen en marcha a duras penas, tin-tin y sin poderse mover, la procesión perdiéndose por la calle del Humilladero, luz enfriándose, y la pianola de nuevo, como un viento renovado, cohetes, inútil buscar el rastro de la procesión en la verbena, algo pasajero, como una cenefa desprendida de la tarde ruidosa, una suave tristeza, vuelta más vuelta, ya de noche. A probar la fuerza, el monigote de la pianola dándole a la cabeza y al triángulo inacabablemente, y resonando, resonando.

[105]

#### Veraneo

Estos chicos andan delgaduchos, es bueno salir al campo, en el pueblo estarán bien, habrá que mandarlos. Decidido: iremos a las casas de los abuelos, junto al Júcar, una gloria de tierra, y unas huertas que son una bendición, y luego, el fresquito del río, entre los chopos, y es tan agradecido cambiar de aires, y a ver si Dios quiere que paséis bien el invierno. Al campo. Muchos preparativos, y una mañana, suave niebla rosa de junio, las calles recién regadas, a la estación de Atocha. Gran asombro, el tren grande, es mayor que el de Campamento, tiene un pasillo a un lado y un retrete en medio, los vagones de primera tienen la taza con flores pintadas y una tulipa de colores encima del espejo, qué bien; con estos pasillos, el revisor no tendrá que salir en marcha por los estribos, qué comodidad, sólo lo hará [106] de vagón a vagón. Hemos llegado media hora antes, tantos bultos, tened cuidado al bajar, no os dejéis ninguno. Paco lleva la lista de las estaciones donde para el tren, no nos pasemos, las ha estado aprendiendo de memoria en una guía hace más de un mes. Además nos han recomendado al revisor y a un señor con barba y guardapolvos que va a Cartagena. Adiós. Una pena momentánea, el arranque. Aún hay gotitas de agua en el cristal, porque los han limpiado cuando ya estábamos dentro, con un cepillo de mango muy largo. Humo, traqueteo, un repasar las recomendaciones últimas, no te asomes a las ventanillas, te cegarás, no te restriegues los ojos con el puño si te entra carbonilla, es peor, y no vayas solo al retrete, puede haber alguna portezuela abierta, sé obediente, hay que escribir todas las semanas, no os peguéis, haced lo que manden las tías, cuidado con los pozos del río. Tantos peligros, tantas prohibiciones, casi mejor no ir, tirar del timbre de alarma, nunca se sabe lo que puede pasar, sobre todo no subir a los árboles ni entrarse mucho en el río, que es muy profundo, todos los años se ahoga alguien. Hago todo el viaje de pie, agarrado fuertemente a la barra dorada de una ventana, delante de un cristal que no se baja. El Cerro de los Angeles, y el señor de la barba explica algo, yo no oigo nada, espero que descarrile el tren; Aranjuez, y lo mismo, el señor que va a Cartagena dice muchas cosas, las vegas verdes, y los molinos de viento en la llanura, y Elisa y Paco escuchan al [107] [108] señor de la barba que sabe muchas cosas del camino y tose. Nos bajamos en La Roda, donde ya nos están esperando. El revisor viene a comprobar si hemos bajado, y el señor de la barba nos despide quitándose el sombrero muy ceremoniosamente.

Abajo, en el andén, todo el mundo grita y besuquea, qué alegría cuando tuvimos el telegrama, ¿os ha pasado algo?, Dios mío, solos en el tren, con tanta gente mala que hay, y la tía mira amenazadora a los vagones. Allí están las primas, Luciana, gordezuela, un gran lunar en el carrillo, ya debía tener algo del tumor a la espalda de que murió, lejana tristeza, cómo una noche brotando, y María, una bondad de ojos azules, alta, espigadita, un poco sorda, mirando viva de uno a otro, ya malucha, después supimos que era tisis. Los primos, con el pantalón por la rodilla los muchachos, un poco mocosos, la corbata muy grande y la chaqueta muy corta, nos miran casi rencorosos, las manos en el bolsillo, no les hace ninguna gracia que hayamos venido. Quico es ya mayor, echa a andar delante con nosotros y nos dice que si hay en Madrid chicas como la Sofía, que ya veréis, y luego a Paco, señalándome: Oye, éste es muy pequeño todavía, ¿no verdad?, y siento cómo me desprecian de repente y de acuerdo, esa desatendida quemadura de estar estorbando. Vamos por las tiendas del pueblo, donde compran cachivaches, y a unas cuantas casas de amigos o parientes, y en todas partes lo mismo: Mis sobrinos de Madrid, vienen a pasar una temporada, mire qué crecidicos. [109] Y la gente habla y dice palabras de cumplido, qué guapos, buenos mozos, qué altos, se nota que son de la capital, y yo miro de reojo a Paco y a Elisa, que llevan la cara cruzada de tiznajazos de hollín de la locomotora, un pudor indeciso de tanto mirarnos, inevitable comparar, ellos van con alpargatas, muchos de los chicos que salen por allí van descalzos, o al menos me lo parece, tan sucios, y yo llevo unas botitas de media caña negras, nuevas, y Paco unos zapatos brillantísimos, se compró todo en Almacenes Perpiñán, qué tarde de jaleo preparando cosas, ya pudimos comprar unas zapatillas, no nos mirarían tanto. Estoy deseando marcharme no sé bien a dónde, y sé que tenemos que andar mucho para llegar a La Chopera. Dos visitas más todavía, una de pésame a la prima de la confitera, que se murió el jueves pasado, Dios la tenga en su gloria, llagadica toda estaba la pobre, y, dentro, no se puede usted figurar cuánto la queríamos, y qué manos tenía, y ¿no me dice nada de mis sobrinos?, son de Madrid, y la prima de la confitera dice solamente sí, ya los veo, se echa de apreciar que no son de aquí, y, al salir, parece mentira, no decirles nada a los niños, qué sonsería, y no volveremos. Por fin, nos vamos. Se prepara la tartana en el parador. Contemplo el ajetreo de aquel patio, olor de cuadras, levantar los varales para uncir (tú, ayuda), ver los aparejos de la jaca de cerca, un sonar de cascabeles, tocar la collera, la silleta, los tiros, la cincha, prodigio tras prodigio, y ya aprenderás [110] a hacerlo tú estos meses. Salimos. Como todos no cabemos en la tartana, algunos vienen detrás andando, y cantan, hablan, preguntan. Asombro. silencioso del llano, olivos polvorosos, las viñas verdes, crecidas, las ruedas de la tartana sumergiéndose en la tierra del camino, susurro sedante, desazón tumultuosa de no saber el nombre exacto de cada florecilla, de cada mata, de cada bichejo, ansia de qué saldrá de aquella revuelta del camino, una lejana brisa perfumada, cómo será esto de noche. Cuando llegamos, al oscurecer, el río suena entre los árboles, un ladrar de perros escoltándonos. La casa vacía, olor a cerrado, explorarlo todo viendo los muebles uno a uno, las salas, el reloj de pesas parado, el enorme calentador de cobre, los tarimones con jergonetas de hojas de maíz o de cebolla de azafrán, muchas estampas de santos, el río entrando vehemente por cada ventana que se abre, arcones blancos, y el andar, inclinadísimo ya, del tío abuelo, temblón, un bastón de bambú cubano para apoyarse, y su mano acercándose a mi cabeza: cómo te pareces a tu abuelo, galopín.

[107]

Ya dentro, el verano se iba en plenitud de campo libre, un gozo prolongado. Imposible recordar que la primera noche no se duerme, o que por la mañana se buscan en vano nuestros chismes en su sitio: los primos han subido muy temprano de su casa y nos han revuelto todo, deseosos de tener algo de Madrid. Quedan ya para siempre los paseos por las huertas, por los cerros, las horas de la siesta [111] junto al lendel de la noria, fresco creciente del agua descolgándose de los arcaduces, la burra descansando a cada ratito, espejeante la alberca. Ir reconociendo las especies de frutas, una familiaridad vegetal, manzanas de verde doncella, reinetas, asperiegas, meladuchas: las peras de agua, verdiñales, mosquerolas, de muslo de monja. La higuera, una sombra apretada, una vocación de oscuridad con frutos de sangre, y los nogales, maldición extraña dormirse a su sombra, y los melocotoneros, los albérechigos, granados y almendros, siempre un poco despeinados y frágiles, siempre como recién llegados a la huerta, donde solamente los olmos y los chopos de la orilla parecían de asiento. Tardes en la era, dorada transparencia, sentado en el trillo, solo, mientras los otros se han ido no sé dónde (a ver bañarse a las chicas, creo), ya vendrán, ¡arre, mula!, inacabable giro sobre la parva desmenuzándose. Horas de chapoteo en el río, yo no voy tan adentro, los que nadan se meten en el caz del molino, pasmo, terror de los demás, y, una alegría asustadiza, sumergirse en la fría ternura del remanso. Y, a los pocos días de llegar, cuando suena la sirena de la fábrica de luz, reconocer desde el pretil del puente a todos los que salen del trabajo: Juan de la Cruz, que vive en la Fuente del Fraile, Gregorio el del Carrasco, Venancio el de los Montalvos, y Juan Luis, el de Fuensanta. Todos dicen al pasar alguna cosilla al madrileño, y después de un rato vienen, solos, los dos hermanos esos, que nadie les [112] habla, los de San Isidro, que una vez prendieron fuego a unos pinares del abuelo. Otro ratito, y baja renqueando por las cuestas del cerro el autobús de La Requenense, servicio público Casas Ibáñez (nadie sabe dónde está eso, ni cómo es de grande) a La Roda, camino del tren, coge las cartas, deja siempre algo para las tías, y el chófer pregunta inevitablemente por los forasteros, si irán a las fiestas, si no se aburren, es mejor la Puerta del Sol o la calle Alcalá, bien lo sabe él de cuando sirvió en el Inmemorial del Rey número 1, y yo no acabo de ver por qué es mejor que aquello una calle de Madrid, una calle donde no hay río, ni una presa con piedrecitas de colores, ni la blandura del montón de paja en la era, tibia en la noche desplegada.

Para las fiestas de septiembre, vamos a la casa del pueblo. El balcón del centro, solo sobre el enorme barandal seguido, está sin cristales. La higuera del patio ha levantado las losas al crecer, y el aljibe, blanco, tiene el brocal medio hundido, y, Jesús, si te cayeras, qué diría tu padre, ten cuidado, no quiero ni pensarlo. Hay que ir de visitas, siempre chocolate y bizcochos hasta ponerse malo, y a la novena, todo el mundo mirándonos por la calle, serán las botas o la blusa, algo que los demás no llevan, y ha venido un cura de Albacete, qué bien habla, es lo que hay que oír. Novena del Santo Cristo de la Buena Muerte y de Nuestra Señora de los Remedios, unas cuantas beatas rezongando y un cura jovencito que ataca al Dulce meneo, el baile [113] que unos valencianos han instalado en la plaza, y dice cosas que nadie escucha, todos pensando en la diversión de la noche. Son ya las vendimias, y hay en el pueblo un constante trajín de carros que van y vienen de las bodegas al campo, por todas las calles huele, dominando la feria, a pámpanos y azúcar, algo pegajoso y fuerte que contrasta con la quietud de esa hora en la ribera húmeda, el recogimiento en la casa antes de dormir. Las fiestas son ya el final, que se entrevé en las conversaciones, ya te cansas de esto, pronta irás al colegio, ya está lloviendo, qué de prisa viene el otoño este año. Sí, vuelta



del otoño y fin del veraneo en la finca olvidada y venal, término de los días calientes junto al río, de tenderse en el ribazo de la noria (este chico no hace más que tenderse, qué vago es, como tuvieras que cuidar tú la hacienda), allí donde yo planté un retoño del olmo grande y prendió -si existirá, Señor-, otra vez mirar, con el crepúsculo pronto, al remanso de reajo, temiendo ver salir algún ahogado, arreglar el muro del jardín en previsión de las crecidas del invierno, una dilatada tristeza cuando se van recogiendo los trebejos en la casa, no os dejéis nada, ya están mirando nuestra ropa abobados, o las botas, y el tren pasa a las cuatro de la tarde, enfermuchas las primas que después se murieron, y la caricia temblorosa del tío abuelo, galopín, cómo te pareces, y encargos, llévate esto, los perros ladrando, el río se va quedando atrás, cuando doblemos la curva aquella ya no se ven los chopos, [114] cascabeleo de la jaca y la doble hilada del camino atajando, por no cruzarnos con algún auto por la carretera, se espanta el animal, la sirena de la fábrica, mediodía y resonando, ya pasarán por el puente los que van a comer, un poco detrás los dos hermanos, nadie habla con ellos, y Quico estará poniendo bajo el puente la atarraya para pescar cangrejos, y me miro la palma de la mano donde uno me mordió, yo dando gritos y sin poder soltarle, hasta que vino Quico y le arrancó la pata y luego me la quitó (estos chicos de Madrid son zorritontos, no saben coger ni un cangrejo), y en qué estás pensando, estás dormido, ya se ve la torre, iremos lo primero a sacar los billetes, y a ver si escribís, ya nos diréis si os encuentran mejorados, más recomendaciones, una distracción pesarosa, hasta el año que viene repitiendo, ya en marcha el tren, flor última, un frío inmóvil tarde arriba.

[115]

### Colegio

Este niño, siempre aquí metido, nunca vas a ser hombre de provecho, te irás al Colegio con tus hermanos. Al Colegio. Ya no más ese momento de la salida para el Colegio, los veo marcharse, la bufanda bien subida, el humo del aliento saliendo por encima de las vueltas, el cuello del abrigo alzado, o la capucha del impermeable levantada, bajan contentos como si todo fuese mentira, y luego me asomo al balcón para verlos pasar, ya se van dando patadas o tirándose los libros. No, ya no más verlos marcharse, recién levantados de la mesa del desayuno, y dónde está mi Geografía, darme que me compre un lápiz, ya no oiré más deja que tus hermanos se laven primero. No. Ahora me iré yo también con ellos. Al Colegio, libros, a sumar deprisa, no equivocarse nunca en el cambio cuando se vaya a comprar [116] algo. Primera mañana, el invierno en la calle, ruidos apagados, niebla suavecita, muchas cosas de estrena. Un pantalón nuevo, las botas recién limpias y muchas veces cuándo nos vamos. Colgada del hombro, la cartera; una cartera de cartón con dos hebillas, comprada la tarde antes en la Plaza del Ángel, quizá en el Todo a 0,65 pintado de rojo con soldados de plomo en el escaparate, y un canguro que baja por un cartón, trenes de cuerda, útiles para los escolares. Hubo muchas dudas, me gustaban más los portalibros, tan brillantes, color guinda, con las correítas buenas y el asa de metal. Las carteras tiene las correas de badana, se rompen enseguida, y, además, yo no voy a tener libros grandes todavía. El libro mío: muchos dibujos, letras grandotas. B, y un burro, un banco, un balcón, una berenjena. Se llama Cartilla. Cartilla animada. Un lápiz Faber del número 2 y dos cuadernos pautados sistema Valliciergo. Al Colegio, y no te separes de tus hermanos, cuidado al cruzar, y no se te vaya a ocurrir venirte solo a la salida, y muchos en el Colegio no se llora.

Frío en la calle. Están regando, barriendo. Mis botas, se van a ensuciar mis botas. Me oprime imperceptiblemente mi delantal blanco, nuevo, bajo el abrigo. ¿Se habrán acordado de ponerme la cintita negra en la solapa? Lo compruebo, y una calma tibia, dichosa. El lápiz salta en la cartera con un estrépito oscuro, repetido. T, colorada, y un tren, una torre, un toro. Donde viene el toro es la T. Hay [117] que ir por enmedio de la calle porque sacuden alfombras por los balcones. ¿Por qué no me han comprado a mí una Enciclopedia, o una Geometría? La cartilla es más bonita que el Manuscrito de Paluzié, donde lee Paco. Ya entramos. El guardián me lleva a un sitio donde no conozco a nadie, empiezo a apurarme, una turbación extraña no conocer a ningún chico, todos me miran, hay uno bizco, y el abrigo, no me lo irán a perder, dónde se lo llevan, al salir no sé si yo le voy encontrar, me regañarán si lo pierdo, y: niño, ven a leer. Y yo no sé leer, ni nada, y todos me miran, qué bien ahora en casa, ya habrán llevado los periódicos y quizá esté puesto el brasero, aún me quedan ocho calcamonías para hacer. Están leyendo uno tras otro, ya mayores, y no sé qué es ese mapa, una especie de gusano, no lo he visto nunca y me levanto a mirarlo de cerca, y el primer torniscón por moverse del sitio sin permiso, y ya te querías ir a Cuba, y tiempo tendrás, ojito con moverse.

Tengo desazón. Con la prisa de ir al Colegio no me acordé de hacerlo en casa, antes de salir. Y tengo gana. Bueno, ya pasará. Una voz ha dicho ¡Corazón!, y todos hurgan en sus pupitres y sacan un libro. Será eso Corazón. Y leen una historia muy bonita de un niño en la guerra, era tambor de un regimiento. Yo voy teniendo más ganas. El maestro explica dónde cae Italia, yo he oído hablar de eso, y digo algo, y: usted se calla, aquí no se viene a hablar, espere a que le pregunten. Miro los mapas, el crucifijo [118] grande en la cabecera de la clase, oigo el ruido de la calle entrando por las ventanas. Se oyen soldados afuera, no me atrevo a ir a verlos, pero, sin querer, doy con los pies en el suelo siguiendo el compás, y otro capón, y aquí no se hace eso, y más respeto, nos ha venido buena con el nuevo. Esto debe ser muy gracioso, porque todos se ríen, y yo, con el sofoco, tengo más ganas de orinar y no sé cómo decirlo, ni a dónde se hará. Me parece que me lo voy a hacer encima. No me atrevo a levantar los ojos, siempre tropiezo con alguno mirándome. Ese bizco de enfrente no sé si me mira a mí o a quién, pero me le topo fijo en cuanto le busco. Ya estará el sol en la esterita de casa, polvillo leve en el rayo, alguna construcción podría estar pegando. Me duele de estar sentado tanto tiempo, y, además, me voy a... C, azul, grande y curvada, y una casa, un colchón, un coche, un cerrojo. Ya no puedo más, bailo y casi lloro (en el Colegio no se llora) y el chico de al lado avisa, y me mandan a los lugares, que no sé dónde están, pero los busco, un rastro húmedo a trechos en el suelo del pasillo.

Cuando vuelvo, no me decido a entrar, una vergüenza ensanchándose, esperaré un ratito en el pasillo, a ver si se seca del todo el pantalón, que me tira un poco. El maestro ha salido y hay alboroto en la clase, y gritos. Me acerco, y uno muy mayor ¿Qué haces ahí?, te apunto, y pregunta cómo me llamo y escribe algo en el encerado, debe de ser mi nombre. Como no me atrevo a entrar todavía, dice [119] que me va a poner una cruz, y va al encerado y pinta una cruz detrás de lo que escribió antes. Escozor de saber que nos están mirando todos a la vez, presentimiento afrentoso de que ya sabrán en casa que casi me he, bueno, encima, y tan grandullón, seis añazos, angustia que va y viene, una imprecisa pena fatigándome la boca. El chico que sigue apuntando, lo borra, amenaza y más apuntar, y nos veremos a la salida, y el alboroto crece cada vez más, apenas se oyen los tranvías en la calle. Entra el maestro y el chico vigilante empieza a decir monótono, un tremendo

cansancio en la voz, Machichaco en Vizcaya, Ajo en Santander, Peñas en Oviedo, y... y... y..., y el maestro le da con una palmeta donde puede, añadiendo Palos, Palos en Murcia, San Antonio en Alicante, y todos los demás se ríen, y el que está a mi lado aprovecha el barullo para decirme si cambio estampas, y me enseña muchos recordatorios de primera comunión, Creus en Gerona, y a ver quién ha copiado el trozo del Quijote. Los chicos se amontonan, papeles en alto, sobre la mesa del maestro, y los demás cambiamos increíbles tesoros, hablamos con torpe disimulo, mentimos los oficios y nobleza de nuestros padres, de nuestros juguetes, y, alto, no me da la gana de prestarte mi lápiz, y, junto al tirón del maestro, qué te crees tú que es esto, de rodillas hasta el recreo. Pero ni el más suave puchero, no me podréis decir nunca en casa que no supe resistirme.

Suena la campana para el descanso, todos se [120] apretujan y agolpan, gritando. Yo salgo el último, sin soltar mi cartera. O, la redonda y verde, y no me acuerdo de cosas que empiecen por O. Insufrible griterío, un viento que se acerca, remolino rápido, y un hondo silencio repentino, otra vez el ruido, ¿no juegas a pídola?, ven a jugar a las bolas, tenemos un guá libre. Cosas que empiecen por O. Bolas de colores, de barro y de piedra, algunas de cristal, con estrías rojas y amarillas (algo en la mano resucita el caramelo), frialdad redonda el estallido de su pequeño golpe al jugar, y no es herida, y mákala. A la una andaba la mula, piso la raya y me toca quedarme, y, mientras los demás saltan por encima, borroso venir de cosas con O, las del libro, ya, ya me acuerdo, oye, no me des los liques tan fuerte, animal, y mido otra vez pie atravesado y otro a la larga, y no hagas trampas, un árbol es lo que empieza con O, la campana suena loca, ya le tengo en la punta de la lengua, hondísimo brotar, y a quién llamas Olivo, aquí nadie se llama así. Todos a clase, frío inútil, innumerable regreso de la niebla, ya sentado, mientras crece, livianamente tibio, el run-run de la tabla de multiplicar, dos por dos cuatro, el maestro lee el periódico, indiferente al clamor total (olivo, ogro, órgano, ombligo, cosas con O), cinco por tres quince -¡Aquél rincón no canta!, y otra vez al periódico- ninguno oyendo la voz propia, matemáticamente desterrada. Si encontraré mi abrigo. La campana. Las doce en el reloj, las dos manillas juntas arriba, un padrenuestro devorado, y los mayores [121] que oyen una vez más devuelvan ese atlas con el Imperio austro-húngaro, que se lo den más moderno, y, escalera abajo, escupir y tirar papel mascado al cartel: Prohibido escupir. Regreso despacito, sol bueno del mediodía, esta tarde podré dejar sin miedo el abrigo, abrigo empieza por A, creí que lo perderían, dos dedos en alto para ir a los lugares, suena bronco el lapicero en la cartera, como un agua fluyendo, nadie da importancia a lo que me ha pasado, algo de humedad aún, y hay que volver enseguidita, esta tarde tendremos dictado, tú no harás más que palotes, mañana y tarde repetidas -¿cuántas veces?-, resurgido tacto de la primera cartera, comprada en el Todo a 0,65, la dócil costumbre del libro en la mano estrenando su vuelta irreparable.

[122] [123]

### Polichinelas

Algunos jueves por la tarde no hay colegio, vamos después de comer a tomar el sol a la explanada de Palacio. Sol tibio y ya bajo de las cuatro, claridad inverniza, una frágil niebla atesorando humos sobre el río, tin tén de los tranvías, los gritos de siempre, ese vano mirar a los ojos vacíos del ciego del Viaducto, la tristeza porfiada de su cartel «De la gota serena», y la de su sombrero arrugado, donde suenan las monedas turbiamente al caer, como pisadas

vacilantes en lo oscuro. Lancinante acoso de dudas, la gente le echa perras y yo aprieto en la mano, dentro del bolsillo, los diez céntimos o quince que llevo, si le daré algo o lo guardaré todo para la vieja del puesto: vacilaciones ante el chichingú, los adoquines de limón y menta, o los altramuces, el palo luz, los garbanzos de pega o las sultanitas de [124] coco, o la más evidente y lenta dulzura del pirulí al regreso, chupeteando. Plaza de la Armería, frente a la verja encendida de sol, muchos críos jugando, asombro repetido del relevo de los húsares en los grandes garitones de madera, siempre un olor de caballos anunciándolos. Y el agolparse la gente junto al armatoste de los curritos, todos, grandes y pequeños, alrededor del endeble biombo de lonas y tablas, donde ocurrían maravillas. La corrida, y siempre perdía el sombrero el picador, y todos los chiquillos ríen escandalosamente cuando el torero pregunta si puede pinchar al toro por detrás, que también tiene agujerillo, una voz adelgazada y entristecida, como una pena orlada de barullos, la del hombre que habla dentro de los curritos, infatigable. Entra, toro; alto, toro, no seas bruto, que me has clavado un cuerno en la barriga, y los chicos ríen, ríen sorbiéndose los mocos, y los mayores ríen, y ríen, un fleco de carcajadas descolgándose de la tarde lentísima, y el torero que muere y resucita y vuelve a entrar a matar, y las mulillas, los cascabeles resonantes, una plaza de toros quimérica, adivinada en la cuadrada superficie de los polichinelas, y, sin embargo, enaltecido redondel de sueños, bondadoso, con sol y nunca sombra, yo sentado en el suelo, mientras los barquillos (del gallego ése gordo, como siempre) caen por la comisura de los labios, abobados, entre risa y risa desgajándose. Y los curritos continuaban luego, y se presentía al hombre por el ventanuco de la lona, y salían a discutir [125] marido y mujer, él sucio y ella elegante, y le insultaba por su dejadez. No te sabes limpiar la ropa, eres un adán, y risas nuevamente, todo el mundo riendo, como si aquello fuese solamente risa, risa, improrrogable plazo a la alegría, y el marido estiraba el cuello y la mujer le golpeaba en la nuca creciente con un largo palo que sonaba mucho, los barquillos deshechos sobre la solapa, y la baba del que está a mi lado le chorrea delgadamente por el pecho y la barriga y le siembra brillos en los zapatos, sentado como está en cuclillas, y Toma cuello, ya te daré yo a ti cuello, y más golpes en el cuello, y el pobrecito marido se cae medio muerto sobre el borde, su traje raidillo y sucio envejeciendo al sol y a la brisa, una humillación vaciándose, y se lo lleva la mujer al hombro, canturreando: «Es mi hombre, mis encantos y mi amor, yo le doy, y cuanto soy, a mi hombre», y aplausos frenéticos, un escalofrío rencoroso por todos, el de las babas cayendo se las sorbe fortísimo, cuando, reanimado el marido, estrangula a la mujer, llamándole mala, mala, mala, cada vez más flojo, agonía lenta y penosa, como un leve bordado entre las risas, una sombra de lágrimas aquí, tanto reír, cómoda fatiga.

Luego salía el hombre de allí dentro y pasaba una boina desteñida pidiendo dinero. Los mayores le echaban, también algunos pequeños, y vendía papeles de colorines con los cuplés de moda, y decía que sabía escribir cartas para las enamoradas, que nunca se lo entendí. Los chicos continuábamos esperando, [126] sentados en el suelo. Campanadas en el reloj de Palacio, los tranvías, un olor lejano a trenes, a castañas asadas, a soldados. Murmullo de charlas que cesa cuando el hombre comienza a hablar y sale la bruja, vestida de encarnado y con un gorro negro. Qué nariz. Llega corriendo el chico baboso, viene de mear en la garita, revuelo de cabezas, súbita distracción, nuevo abobamiento. La bruja habla esa voz respaldada de tristezas, y pide una niña o dos para comérselas, algunos pequeñitos se levantan, y se oye más el tranvía que pasa y los gritos de los que juegan al rescatao por allí detrás, silencio del miedo por la bruja, que, distraída, no ve cómo la va a

matar el bueno, que es novio de la princesa, la que va de blanco, y menos mal y más peripecias, y muchas veces menos mal. Y palos, siempre palos en la nuca, fuerte y sin consuelo, todos abatiéndose al bordecillo de la lona, flojos, huecos, un cansancio infinito arrastra todo desde la cabeza colgante.

Y salía otra vez el hombre, agachado, doliéndole la voz de tanto gritar y disfrazarla, y pedía dinero gorra en mano, un vergonzoso temblor insinuándose. Y la gente toda solamente entonces se acordaba de vámonos, que es tarde, y el hombre, una soledad redonda, se ponía su gorra y recogía. Y yo apretaba mis céntimos. Él ponía los muñecos en una cesta, ordenándolos, peinándolos, y no lograba, nunca, quitarles su aire de cadáver azotado de muerte, de tanto palo fuerte y en la nuca, todos desinflados, y sin carroña ni esqueleto, cabeza solamente: el sitio de [127] los golpes, y el toro con un cuerno desmochado, y las mulillas, cascabeles resonando, y el gorro de la bruja volcándose borracho, todo fofo y sin voz, un viento sólido y amargo apretujándolos. Muertos. Tanto golpe fuerte, y en la nuca siempre. Muertos bajo el estallido dorado de la tarde. El hombre se echaba al hombro el tenderete, ya cerrado definitivamente el cuadradillo aquél de la mirilla, desencanto total al ver que no había nada extraordinario dentro, hecha la casa de tres paredes una, y tapaba la cesta con la cortina vieja que tenía en la parte de atrás, tan mugrienta y ruinosa que el viento ahuecaba el pecho para no moverla, y los pocos chicos que quedaban comían de prisa sus barquillos, el hombre yéndose despacito, la cesta en un brazo y la caseta al hombro, ahí va el tío de los polichinelas, frío, relevo de los húsares, olor de caballos, el hombre despacito Cuesta de la Vega adentro y cojeando, yo aprieto mis monedas, y dónde se irá ahora, y quién sabe si vivirá muy lejos.

...también tú vas a ver

cuánto va a dolerme el haber sido así.

(CÉSAR VALLEJO)

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



**editorial del cardo**